



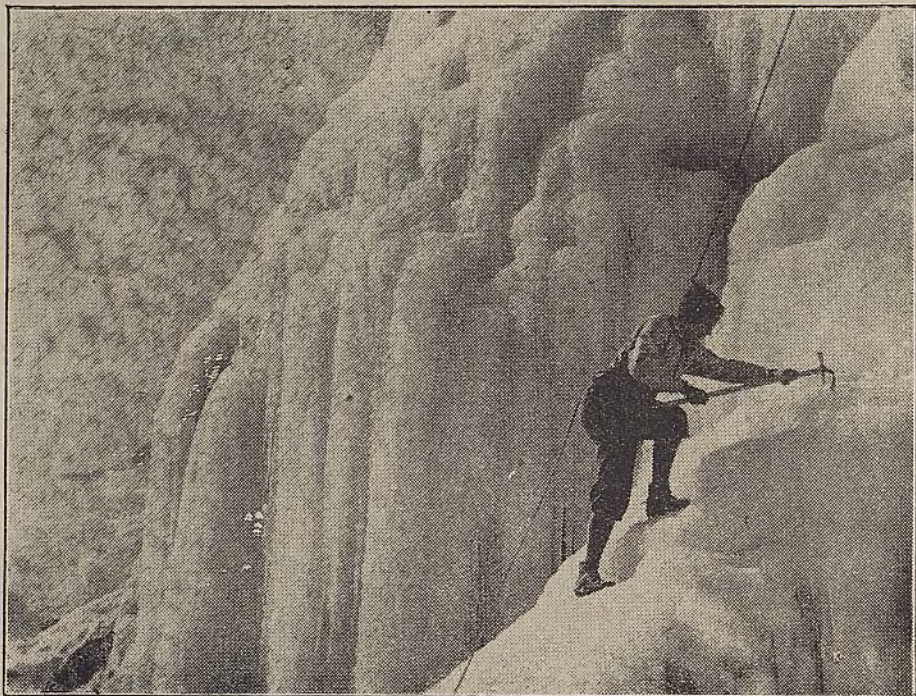
S



249

Ayuntamiento de Madrid

FANTASIO



Prisioneros de la montaña

Producción PABST

Una lucha del hombre con los elementos y un triunfo del alpinismo.

Único en belleza y arte

PROGRAMA GAUMONT

Ayuntamiento de Madrid

Y el cuerpo.
del pantalón, por lo cual quedaba un hueco entre el brazo y el cuerpo.
Bauer no quitaba los ojos de la casa. Me deslicé con precaución detrás de él. Llevaba una mano en el bolsillo.
Bauer aseguraban el éxito de nuestra empresa.
un obstáculo había. La muerte, la captura o el silencio de los apoderados de él. Para realizar nuestro plan sólo Recordaba las palabras de Bernenstein: «¡Si pudiese- Continué avanzando; quería apoderarme de él.
No me veía el bergante, porque miraba hacia la casa. del encuentro inevitable entre Rodolfo y Ruperto.
en la calle. Había acudido, como yo, para saber el resultado de la herida de Bauer no era grave cuando estaba Me acerqué más al hombre de la cabeza vendada. Evi- aseguro es que entró y que no ha salido.
—Ignoro lo que el Rey puede hacer ahí; pero lo que Otro de los papamatas respondió:
—Es absurdo; ¿qué haría el Rey en una casucha como esta?
Y oí una voz que decía:
dando un rodeo para que no me viera.
Sin decir palabra al teniente me acerqué al perillan No dudé un instante. Era Bauer.
me era conocida.
No podía ver el semblante; pero la forma de la cabeza que daba vuelta a la cabeza.
hacia los ojos, debajo del cual asomaba una venda blanca La cubría un sombrero de anchas alas, blando y bajado llamó la atención.
De pronto una cabeza que vi entre otras muchas me ventanas.
Parecía deshabitada. Tenía cerradas las puertas y drama. Miraba con atención a la casa donde quizá ocurría un Su compañero prestó poca atención a mis palabras.
Bernenstein meneó la cabeza con expresión de duda ocurre nada extraordinario.
—También han venido ustedes? Me parece que no

A N T H O N Y H O P E

nerle? Gran cosa era guardar el secreto del Rey y antes muriera que revelarlo; pues se había mostrado bueno y cariñoso con ella y no conocía en toda Ruritania un hombre que pudiera comparársele. En conde de Hentzau era guapo y apuesto; pero ella prefería al Rey y el Rey confió en ella, y ella le defendería con riesgo de su vida.

Rodó un coche por la calle. Se detuvo algunas puertas más lejos, luego se acercó a la casa y se detuvo de nuevo. La vieja, entregada a sus quehaceres, no prestó atención.

La joven levantó la cabeza. El oído fino y atento de la muchacha percibió el ruido de un paso firme y rápido.

Llamaron. Primero un golpe seco. Después tres más, ligeros.

Entonces la vieja oyó. Dejando la cuchara en la cacerola, se volvió y dijo:

—Aquí está, por fin, ese belitre. ¡Abre, Rosa!

Antes que se lo dijera su madre, Rosa estaba en el corredor. Abrió y cerró la puerta.

La vieja se acercó a la de la cocina. Corredor y tienda estaban oscuros; pero vió un hombre de mayor estatura que Bauer.

—¿Quién va?—preguntó la vieja—. La tienda está cerrada hoy y no se entra.

—Ya estoy dentro—respondieron, y Rodolfo se acercó a ella.

La joven le seguía con la mirada brillante, encarnadas las mejillas.

—¿No me reconoce usted?—preguntó Rodolfo, plantado delante de la vieja y sonriéndole.

En aquella semiobscuridad del corredor, la vieja Holf vacilaba.

Conocía la historia de Rodolfo V y de Rodolfo Ras-sendyll. Sabía que éste se encontraba de nuevo en Rurita-nia; no le asombraba que se encontrase en Strelsau; pero ignoraba que Ruperto hubiese matado al Rey.

Rischenheim.
Me volví. Y al hacerlo vi al teniente de uniforme y a De pronto sentí que me tocaban en el hombro.
acera. Saqué un cigarrillo y me puse a fumarlo, esperando.
Pero otros esperaron haciendo un cigarrillo y hablando.
Yo dejé de pasear porque había demasiado gente en la po en contemplar un Rey.
prosiguieron su camino como quien no quiere perder tiem-
hablaron, y algunos respondieron: «¿De veras?», pero
Los que estaban curiosos cerca del número 19 les
salieron de sus casas después de comer.
Pronto cambió la escena. Los obreros y comerciantes
ciudadano que está aburrido por no tener nada que hacer.
lado y a otro. Yo pasé por delante del número 19 como un
hubiera gente en torno de la casa; pero cuando llegué
Temí que hubiesen visto a Rodolfo cuando llegó y que
y estaba en Strelsau.
Sapt guardaba el secreto y se creía aún que el Rey vivía
costumbre en palacio.
notaba la menor agitación y las banderas flotaban como de
Solamente dos o tres personas me reconocieron. No se
había poco movimiento.
Avanzaba la tarde. Mucha gente corría y en las calles
Ya dispuesto, me dirigí a pie a la Königstrasse.
je de paisano y cuidé de ponerme un revólver en el bolsillo.
Salté dejándolas juntas. Cambié mi uniforme por un tra-
perar inactivas, y, sin embargo, alcanzan sus fines.
Nosotros podemos obrar y combatir; ellas sólo pueden es-
el valor impotente de las mujeres algo que me debilita.
Me incliné, pues no me sentía capaz de hablar. Hay en
declaró la Reina—. Si, puede creerlo.
—Yo hubiese podido ser una esposa como ella, Fritz—
ella me exponía a un peligro.
Y sonrió a la Reina como queriendo manifestar que por
—Ve, ya que debes ir, Fritz—dijo.

A N T H O N Y H O P E

R U P E R T O D E H E N T Z A U

—Sí—respondí yo, desafiando su cólera—, ¿pero qué garantía tenemos?

—Su palabra de honor, señor conde.

Yo sabía que, llamándome conde, me expresaba su des-contento, pues siempre, exceptuando las ceremonias ofi-ciales, me llamaba Fritz.

—¡Su palabra de honor!—refunfuñó—. En verdad, Señora...

—Tiene razón, Señora, tiene razón—dijo Rischenheim.

—No, no la tiene—replicó la Reina. El conde cumplirá la palabra que me ha dado.

El conde la miró como si fuera a decir algo; pero se volvió hacia mí y dijo en voz baja:

—No faltaré a mi palabra, Tarlenheim. Serviré a la Reina en cuanto pueda y valga.

—Señor conde—dijo ella con acento triste, pero afa-ble—, me sirve usted y además me da la alegría de ver que su honor no está empañado por mi culpa. Vamos a palacio.

Se acercó a Rischenheim y añadió:

—Iremos juntos.

No quedaba otro recurso que fiar en él. Estaba seguro de que la Reina no cambiaría de idea.

—Voy a ver si el conde está dispuesto.

—Eso es—respondió la Reina.

Al pasar me detuvo un momento y murmuró:

—Demuéstrele que tiene confianza en él.

Me acerqué al conde y le tendí la mano.

La estrechó y me dijo:

—¡Por mi honor!

Saliendo encontré a Bernenstein que parecía estar exa-minando su revólver con extremado cuidado.

—Ya puede usted guardar eso—le dije—; ya no es pri-sionero. Ahora es de los nuestros.

—¿Qué dice usted?—exclamó Bernenstein poniéndose en pie de un salto.

Le conté lo que había sucedido en la sala y de qué modo



Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Gerente: Jaime Olivet Vives

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: Paris, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 72513 - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique Vidal

Director musical: Maestro G. Faura

21 DE MAYO DE 1931

Delegado en Madrid: Luis Gómez Mesa

María de Molina, 92

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMERICA:

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A. * Barbrá, 16, Barcelona : Ferraz, 21, Madrid : Primo de Rivera, 20, Irán
Plaza de Mirasol, 2, Valencia : San Pedro Mártir, 13, Sevilla

"Servicio de suscripciones": Librería Francesa - Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

CINEMA
DE DIBUJOS

LA ESCUELA FRANCESA

FRANCIA—madre de los Lumière, los padres del cinematógrafo—reclama para sí el honor de la invención de los films animados.

Y como nadie se lo regatea—ni se ha intentado jamás arrebatárselo—, ese honor es, desde luego, suyo.

Ese—el de la prioridad, el de la veteranía—y no otro.

Suyas son las primeras películas de esta clase que se proyectan en las paredes de todas las casas donde hay niños.

Porque conviene, es necesario, recordar, a los desmemoriados, que el cinema, apenas surgido, tuvo—y tiene y tendrá afortunadamente—sus hijos, que son esos aparatos pequeños, sencillos, para familias, a los que les basta para funcionar una bombilla eléctrica, y no de las de más bujías y gasto.

Y fueron en esos descendientes del cinema grande y verdadero donde los dibujantes franceses se iniciaron, se entrenaron y estrenaron en la tarea—hasta entonces desconocida—de trazar historietas para el celuloide.

Y las primeras películas de dibujos animados no pasaban de los tres metros.

Pero como se proyectaban en aparatos de juguete, para que resultasen todo lo largas que se quisiese, se unían los extremos y, transformadas en cintas sin fin—y a veces sin comienzo y siempre sin cabeza ni pies—, duraban lo que la paciencia de los espectadores aguantaba.

Y sucedía que, de pronto, cortaban la exhibición.

Y según los personajes y el motivo del cuadro: o la bailarina se quedaba en inverosímil postura, o el caballero que iba a saludar de nuevo no llegaba ni a quitarse el sombrero, o los que se disponían a pelearse se detenían ridículamente petrificados, etc...

Y, en rigor, esas cintas carecían de enredo. Eran acciones sueltas e inocentes. Pretextos para que se viese mover a unas figuras.

Eran un poco, muy poco más que las escenas del fenquistiscopio y del zootropo—unos obreros arrastrando una piedra, unas muchachas saltando—, pero con la ventaja de que se trataba ya del cinema, y no de un antecesor suyo.

Y relegado el género al plano intrascendente de los cines infantiles, le cuesta su trabajo elevarse de categoría y trasladarse a las salas públicas.

Y no sin el sacrificio de modestos dibujantes—cuyos nombres desaparecieron juntamente con su obra—lo alcanza.

Y es Emilio Cohl el encargado de verificarlo.

Recientemente, la pluma competente y autorizada de Jean George Auriol le dedicó un extenso artículo en «La Revue du Cinéma».

Y por Auriol nos enteramos de la personalidad concreta de Emilio Cohl.

Una casualidad relaciona a Cohl con el cinema. Cohl cree encontrar en un film de la Gaumont demasiadas semejanzas con una historieta cuya humorística publicada en una revista ilustrada. Y se presenta en la popular

casa a protestar. Habla con León Gaumont. Exige que se le indemnice. Gaumont le calma. Se le pagará lo que desee. Y, para mejor contentarle, le pide escenarios originales, que se le abonarán a su entrega. Cohl acepta. E insensiblemente el cinema le aprisiona.

Y al año aproximadamente—1908—de su permanencia en la Gaumont—y tras un aprendizaje a conciencia y una labor de inspirador de trucos y situaciones de interés, equiparable a la de George Méliès—, Emilio Cohl da su primera banda de dibujos animados rotulada: «Fantasmagoría», el desafío de los personajes de gorros de papel y espadas de madera trazados burda e infantilmente.

Y el éxito le anima a seguir el camino emprendido.

Ya es Emilio Cohl una notoriedad cinética. Se le considera como el creador de los films de dibujos. Las mejores editoras—Gaumont, Pathé, Eclipse, Eclair—se lo disputan.

Y al amparo de su prestigio se fundan: «Eclair-Journal»—noticiario de actualidades, en el que halla propicia expansión su vena caricaturesca—y «Publi-Ciné», que, como indica su nombre, es un sistema de propaganda, de anuncio práctico, mediante el film y el dibujo, o por el film de dibujos animados, dicho con más exactitud.

Y, no obstante su brusca retirada de la actividad, su ausencia apenas es notada.

Y es que, como buen innovador, como descubridor de lo inexplorado—e inexplorado—, Emilio Cohl cumple una misión que, lejos de terminarse con él, empieza en él.

Y si en pleno ejercicio de su profesión le rodeaba ya un crecido y creciente grupo de admiradores y respetuosos discípulos—coadyuvadores suyos, en parte, de su faena—, era lógico que éstos cubriesen su vacante. Que aprovecharan sus lecciones, las enseñanzas recibidas del maestro, para llevar adelante su obra. Y que la superasen.

Y esa misma superación, esa perfección—precisamente por los que se guiaron por

sus consejos—, es para Emilio Cohl el mayor acatamiento—y alabanza—a su obra.

Y aunque lo único que se conserva de sus películas es una lista de títulos, y no completa—«La venganza de los espíritus», «El sueño de un camarero», «Un drama entre fantoches», «Jobard»...—, lo cierto es que en el mundo del cinema—y el cinema ha invadido todo el mundo—Emilio Cohl significa «creador de los dibujos animados».

Y, en efecto, al ser Francia madre—además de Luis y Augusto Lumière, los padres del cinematógrafo—de Emilio Reynaud, el que con su teatro óptico presentó por vez primera la proyección animada, y de su tocayo, Cohl, el segundo Emilio ilustre del arte del film, suyo es, irrefutablemente, el honor de la invención de las películas de dibujos.

Ese—el de la prioridad y antigüedad—y no otro.

Pues a los yanquis se debe—a su concepto espectacular del cinema—la predilección del público por esta variedad pelicular. Y su definitiva consagración.

La escuela francesa, en este aspecto, no se separa de la regla general. No es su excepción, sino su contundente confirmación. Demasiada literatura.

Tal es el resumen amplio del cinema francés.

Y la característica, por tanto, de sus films—en particular—de dibujos animados.

Y, no obstante disponer de dibujantes expertísimos—Lortac, Rabier, O'Galop, Monnier, Rigal, Cheval, Landelle, Poulbot...—, nada de profunda originalidad o de revolucionaria orientación trae al género.

Y es por pobreza de fantasía.

Y por exceso de lectura y de cultura. Acostumbradas sus imaginaciones a ceñirse en absoluto a las descripciones de los libros, acaban por inutilizarse para la creación libre y espontánea.

Y, entregados y estragados ya por este defecto; no saben más que ilustrar obras siguiendo las indicaciones de los autores.

Y ni O'Galop, ni Monnier, ni Rigal, ni Cheval, ni Landelle son verdaderos creadores, sino meros y discretos ilustradores de ajenas historias.

O'Galop, por ejemplo, es el animador gráfico de las fábulas de La Fontaine y de los cuentos de Perrault. «El cuervo y el zorro» y «El pulgarcito» son sus mejores trabajos.

Monnier, el serio y docto Monnier, con sus cintas documentales de dibujos como «El día y la noche», «Las hazañas de una mosca»—de propaganda sanitaria—, «La caldera», «Los órganos del motor»..., es un cultivador del cinema educativo. Y su «Viaje abracadabrante»—de un moderno leído en su casa voladora—es una broma, una chirigota, no exenta de gracia ni de pretensión adiestradora, a lo Julio Verne.

Rigal adapta al celuloide utilizando el dibujo—y, como O'Galop, a La Fontaine.

De Cheval se conoce «Centrillón», arreglo o desarreglo—depende de como se mire—, del relato de Perrault.

Nuestra Portada

Nuestra portada se anima con la sonrisa de Bebé Daniels, muy contenta de verse junto a Ben Lyon, su afortunado marido.

En la contraportada aparece un retrato reciente del prestigioso galán de la M.-G.-M., John Mac Brown.

Y de Landelle: «El león y el ratón», con su sana sustanciosa y sentenciosa moraleja y todo.

Solamente Lortac, Rabier y Poulbot se destacan por sus méritos de artistas auténticos y completos, que argumentan sus films con ideas propias.

Poulbot se limita a conservar su público netamente infantil con sus historietas de personajes y pequeños héroes.

Benjamín Rabier, especializado en los dibujos burlescos a base de animales, al pasarse al cinema se limita a reforzar su habilidad. Pero con doble éxito que en la Prensa, de fama y de dinero.

Y Lortac es una cumbre parangonado con sus compañeros.

A Lortac no le satisface el oficio de ilustrador y se lanza a crear personajes.

Y así nace el profesor Mecánicas. Y el pequeño Totó. Y Toby. Y Mistouffle.

Lortac es un caso de anticipación a Max Fleischer y Pat Sullivan.

En sus héroes hay arte, o sea, vida inde-

pendiente. Y en sus historias domina el mejor humorismo. Y la risa más alegre. La más franca hilaridad.

El profesor Mecánicas es un sabio que se despierta y no tiene que molestarse en levantarse, ni en vestirse ni en nada. Misteriosos resortes hacen que el profesor se halle en un instante, mecánicamente, despachado y sentado en su automóvil, presto a acudir a visitar y complacer al cliente que le pidió un aspirador o al que le insinuó el deseo de comprarle su cama mágica...

Y Totó es un tonto, revoltoso y atolondrado chico que de aviador a pintor lo es todo.

Y Toby un modelo de guardias.

Y Mistouffle un pobre vagabundo, desgraciado y hambriento, algo pariente—pero muy distante—de Charlie Chaplin.

Sin embargo, la película maestra de Lortac es la titulada: «Los sinsabores de un peatón».

Es un señor que sale tranquilamente a pasear. En el cruce de unas calles le acorralan los automóviles. Y para salvarse de que le

atropellen, de que le arrollen, se sube a una farola. Pero un auto ataca a la farola, la dobla y tira al suelo al desventurado peatón, que, atemorizado, echa a correr, y el auto, metamorfoseado en un monstruo, le persigue por las calles, por su casa, por la escalera, por los tejados. Es una horrible pesadilla. Al cabo, libre de su perseguidor, cae el peatón rendido, en mitad del arroyo.

La anécdota es trivial. Pero su desarrollo es estupendo. Y los dibujos, fieles a la celebridad del autor, chusquísimos y acaso excesivamente concluidos, poco estilizados.

Y, descartado Lortac—el único digno de comparación con Sullivan, McManus, McCay y Feischer—, lo mejor de la preponderancia francesa en el dibujo cineístico es «El pulgarcito», por su curiosidad de estar en colores—aplicados por el lento método de Pathé de la iluminación a mano—; experiencia que, a juzgar por sus escasas repeticiones, se acogió fríamente: ni desagradó ni entusiasmó.

LUIS GÓMEZ MESA

PLANOS DE MADRID

Engaños al público

DESDE la proclamación de la República, los empresarios andan contentísimos y no, precisamente, por cuestión de sus ideas, lo que sería impropio de unos negociantes, sino de sus intereses.

La explicación es sencillísima: encontraron una formidable propaganda ya realizada y gratuita, que les produce efectos seguros de éxito.

Y es proyectar las películas prohibidas por la censura del anterior régimen. Y pregonarlo, anunciarlo a voz en grito:

¡Este film fué prohibido por la monarquía!

Y en esa forma de protesta retrasada tienen un gran reclamo.

El público pica en el anzuelo, cae en la trampa.

¿Con que es una cinta perséguida, que no se permitió aplaudir en su día?—se pregunta intrigado. Y, claro, acaba por decidir: Entonces es que merece contemplarse.

Pero ocurre, por desgracia, que en esa fórmula de propaganda recién descubierta, actualísima, hay mucho abuso y demasiado engaño.

La mayoría de las bandas subrayadas como víctimas de una dura y rigurosa censura eran ya conocidas de los espectadores.

Unas más y otras menos.

Así: «La última orden», que se programó media semana, cuando un general de la Dictadura se creyó en el caso de cortar su buena carrera. Hasta ahora, que vuelve a exhibirse.

Y «Tempestad», incluida en la cartelera del Cine del Callao, hace cosa de dos meses. Y retirada de la circulación, sin duda por considerarla la policía subversiva.

Y lo cierto es que la gente acude a verlas atraída por la atmósfera de curiosidad que las rodea.

Y luego resulta que se desilusiona.

Se le engañó.

¡Bah!—falla—. ¿Y éstas son las obras conceptuadas peligrosas? ¡Pero si en su realidad son antirrevolucionarias y decentísimas, y al final: incluso burguesitas y ejemplares!

Evidentemente—agregamos nosotros.

Y es que la censura gubernativa de esos años de 13 de septiembre de 1923 a 14 de abril de 1931 en su miedo a cuanto se relacionase con la rebeldía—aún en contra, para combatirla—, no distinguía entre lo falso y lo verdadero, entre lo reaccionario y lo innovador. Y llegó a prohibir, en su persistencia e insensatez de equivocarse y desorientación, la mala opereta titulada «La Marsellesa o el capitán de la guardia», que en su fondo y forma sólo es una burla de pésimo gusto de

anécdotas y episodios de la revolución francesa.

En cambio...

Hoy sucede lo contrario. Manga ancha. Todo es autorizado. Y muy afortunadamente.

Rato de expansión

Por esa grata tolerancia pudo darse ese rato de expansión, que constituyó la Sesión 21 del Cineclub, última de su tercera temporada.

Primero unas escenas unidas bajo el sugestivo rótulo compendioso de «Antología del beso». O sea: parte de lo que, por juzgarlo atrevido, mutiló, cortó la censura de algunas famosas películas alemanas.

Besos interminables, para modelo de los amantes perfectos, de Brithe Helm y Gustav Froelich.

Cuadros de crápula. Desnudos. Excesos de amor y de diversión.

En total, la Antología comprende instantes inéditos de «Varieté», «Manón Lescaut», «Metrópolis», «Fuerza y Belleza», «Amor y Naturaleza», «Fausto»... con intervenciones de Lya de Putti, Suzy Vernon, Emil Jannings, Willi Fritz...

Y es de alta curiosidad.

Después, en seguida, le tocó el turno al plato fuerte del rato de expansión: el film soviético de Sergio M. Eisenstein «El acorazado Potemkin», desconocido todavía por la afición madrileña.

«El acorazado Potemkin» es el reflejo exacto de la sublevación de los marineros de este componente de la escuadra rusa en aguas de Odesa en 1905 contra los jefes y oficiales, que querían obligarles a comer una carne llena de gusanos. Y por su asunto y su ejecución maravillosa, de completo acierto—la revelación y revolución de Eisenstein como director genial—es una película de locura, de indignación. Y tal vez por esto, en su proyección en el Cineclub, hubo incidentes, voces de aplauso y de protesta, vivas y muertas. Pero se coincidió unánimemente en elogiar su excepcionalidad. Y, por tanto, en su éxito. Como en el de la 21ª Sesión del Cineclub, en todo su rato estupendo de expansión, gracias a la inteligentísima tolerancia de la censura de hoy.

Preparémonos

Se nos dice, o mejor: se nos afirma que los yanquis verifican gestiones para instalar estudios de cinema hablado y sonoro en nuestra patria.

Y por otro lado, igualmente se nos entera que una pujante sociedad nacional empezará dentro de unos días a construir unos colo-

Lo contamos como nos lo contaron.

Pero, además, en lo que atañe a la noticia segunda garantizamos que examinamos los planos en el mismo terreno que se quieren levantar los estudios.

Y aquí se concluye nuestra información.

Ahora, de obligado complemento, el comentario natural e inevitable.

Está demostrado que se va a la edificación de estudios cinematográficos. Ello es lógico y urgente. Es la única manera de conseguir producir con regularidad y consistencia. Pero convendría aclarar si los que se disponen a ejecutar la empresa son compatriotas nuestros o extranjeros. Nosotros preferiríamos no depender de nadie. Que el capital fuese español, para que así sus iniciativas y realizaciones respondiesen a una aspiración nacional.

La voz de atención se oyó ya.

Muy pronto tendremos unos buenos estudios cinematográficos.

Lo que es menester es probar que sabemos aprovecharlos.

Preparémonos a vencer en la definitiva experiencia.

EL ÚLTIMO

Eduardo Ugarte no se llama Manuel Ugarte

HAY la errata de imprenta, que sucede cuando se copia mal una palabra que muy difícilmente se entiende. Y la que consiste en escribir una cosa o un nombre por otro. A esta última clase pertenece la cometida oñstradamente por nosotros en la interviú con Ugarte, a su regreso de Hollywood, sobre varios aspectos de la famosa capital de Cinelandia. Ahora, que apareció a dos planas y con grandes titulares nuestra información, nos enteramos a destiempo que nuestro visitado no es Manuel, como dijimos, sino Eduardo. Que nos equivocamos en el nombre, pues la verdad en su punto es que el autor, con José López Rubio, de las comedias rotuladas «De la noche a la mañana» y «La casa de naipes», no se llama Manuel, sino Eduardo Ugarte. Esto es lo cierto. Y se imponía la rectificación sólo por nuestro gusto, tan amigo de la claridad y de la justeza. Y para evitarnos, además, que la próxima vez, al encontrarnos a Ugarte insistamos en la confusión: «Hola, Manuel, ¿qué tal esos trabajos?» Y Eduardo, que no es Manuel, ni nos conteste por estimar naturalísimamente que no nos dirigimos a él. En fin: que conste que nuestro entrevistado no se llama Manuel y sí Eduardo. Por suerte, las fotografías de sus gafas y de sus gestos de hombre fuerte, creyente en sí mismo, son auténticas. Y así, al no necesitar éstas la menor rectificación, el asunto queda ya en definitiva bien resuelto. Y todo en su sitio. Mi mejor despedida, amigo Eduardo Ugarte, y afectos a ese Manuel, que ni usted ni yo conocemos...

L. G. MESA

NOTAS BERLINESAS

La cámara de censura cinematográfica de Berlín acaba de recibir dos nuevas bofetadas. Bien es verdad que no le hacen mella, pues parece tiene la cara—o... lo que sea—forrada de piel de elefante viejo. Dos de las cintas prohibidas por ella recientemente acaban de ser autorizadas por el Supremo: «Mi prima de Varsovia» y «El expreso número 13 lleva retraso». El *expreso* se lanza ahora a toda velocidad para ganar su retraso, y al efecto, ateniéndose a su número 13, se estrenará en el Ufa-Theater am Kurfürstendamm el próximo miércoles, 13 de mayo. (El número 13 es considerado en Alemania como un número de suerte.) Así, «El expreso número 13 lleva retraso» *llegará todavía a la hora*, lo que llena de satisfacción a la Ufa. Y a nosotros. Los altos censores se han limitado a imponer unos pequeños cortes sin importancia.

Hay que suponer que «Mi prima de Varsovia» viajaba en ese mismo expreso número 13, pues, previos algunos cortes en el diálogo (ignoro lo que han cortado a esta primita y a sus adoradores), su estreno tendrá lugar muy en breve, con lo que ganará su retraso. Y Allianz-Film, la casa productora, henchida de satisfacción. Y los dueños de los cines igualmente. A tal extremo llega la propaganda indirecta que la censura hace a estas cintas.

«Chicos ante el Tribunal» es una películita dramática editada por Excelsior-Film e impresionada por el excelente operador alemán Weitzenberg. Hasta hace poco, nadie había hablado de esta cinta, que iba a pasar sin duda como una cinta corriente. Pero hete aquí que, al presentarla a la censura, estos señores «prohibicionistas» se han apresurado a poner el veto a esta cinta. Y la prensa cinematográfica alemana se ha apresurado, claro está, a publicar en primera página, bajo grandes epígrafes: «Otra hazaña de la censura: «Kinder

vor Gericht» prohibida.» («Kinder vor Gericht» es el título alemán de la película.) En los artículos de prensa se cita el argumento de la cinta, se dan detalles con sus comentarios, se censura duramente a la censura y se exige la autorización de estreno. Y este tema se trata a diario. La cinta se pasará uno de estos días ante el Supremo de la Censura, y se espera que, como ha hecho con las anteriores cintas, la autorizará y Excelsior-Film se felicitará entusiasmada de la prohibición primera, que ha sido la base de un reclamo gratuito para su «peliculita», que se ve así lanzada al exitazo de taquilla. Ya el público espera impaciente el estreno de esta producción, que ha merecido las iras de los «pudibundos» censores.

Un diario berlinés ha emprendido una enérgica campaña contra la censura cinematográfica, y pide netamente la abolición de esta institución estúpida y perjudicial a la industria del film.

Yo no soy del mismo parecer. Y creo que tampoco los fabricantes de cintas víctimas de la censura. Pues a cambio del primer disgusto y de las molestias de unos cuantos cortes o arreglos, disfrutan en cambio de un formidable reclamo gratuito que avalora la producción en un 200 por 100 ó más aún.

Ayer por la mañana me tropecé en la Friedrichstrasse con un fabricante conocido, cuya última producción pasó ayer mismo ante la censura. Nos saludamos, y le pregunté por su cinta.

—Ahora vengo de la Censura—me respondió en tono compungido.

Repleto de indignación sacra, juzgando al ver el aspecto tristísimo de su rostro que el buen fabricante había sido también víctima de los censores, exclamé, con voz opaca e ira reconcentrada:

—Ah, los miserables! ¡Otra prohibición más! ¡Pero es que se han propuesto esos hipócritas censores arruinar a los industriales y al Arte cinematográfico? ¿Es que no hay justicia en la tierra? ¿Es que...?

Pero el fabricante me atajó, dirigiéndome una mirada extraña, cual si se hallara frente a un loco, y replicando, con un movimiento de cabeza:

—En «trucos» comerciales se halla usted bajo cero, amigo mío. Mi película ha sido acogida sin protesta alguna por la censura, y hasta se autoriza la proyección para los niños, cosa rarísima, como usted sabe. Ni un corte, ni una observación, ¡¡nada!! Los censores han encontrado mi cinta *excelente*. Así, si quiero lanzarla bien, y con probabilidades de éxito, tengo que gastar un dineral en reclamo, un reclamo ñoño al fin y al cabo, pues el reclamo más formidable es el *apéndice* en rojo, a los carteles: «Dos veces prohibida por la censura, y autorizada, tras larga lucha por el Supremo.»

Esto dicho, me tendió una mano fría y se alejó...

Poco después, encontrándome en la antecámara de otro fabricante amigo, oí la voz de éste, que decía, despidiéndome a un autor importuno:

—Es inútil que insista usted, señor. Su argumento, tal como me lo ha referido usted de viva voz, es interesante, sí, muy humano, con escenas de alta tensión dramática, y de poco coste su realización. Pero ¿qué quiere usted que haga yo con una cinta en donde no hay nada que pueda sovilantar los nervios de los censores y decidirles a una prohibición primera? De ahora en adelante, el negocio estriba en una previa y ardua lucha con la censura, lo que hace que la prensa, en su unanimidad, se ocupe gratuitamente del film en cuestión. Introduzca usted algo de «prohibitivo» en su argumento, y veremos...

Así están las cosas en Alemania. Poco importa que ciertas películas, con el fin de obtener la autorización del Supremo, después de haber sido una o dos veces prohibidas por el tribunal ordinario de censura, sufran mutilaciones que las hacen a veces casi incom-

prendibles, sin contar los trastornos y gastos que tales acontecimientos ocasionan, lo esencial es que se arme escándalo en la lucha y que el público se entere. Y el negocio es entonces redondo.

La crisis cinematográfica sigue agravándose en Alemania. No hay dinero para la producción. Los talleres tomavistas están casi vacíos. La ley del contingente ha sido reforzada con una severidad tal, que ya ahora se preguntan, ansiosos, los dueños de los cinematógrafos, con qué número de películas se cuenta para la presente y la venidera temporada. Apenas si alcanzará la cifra de 120 el número de cintas alemanas, contando con que se rueden todas las anunciadas con anticipación, cosa increíble. Y las autorizaciones de importación alcanzan apenas a un centenar. Doscientas cintas, poco más o menos, para un país que, como Alemania, ha consumido siempre alrededor de 600, es una cifra ruinosa. Añádase a esto el obstáculo con que tropiezan ahora los fabricantes alemanes, no pudiendo utilizar personal extranjero en la elaboración de sus cintas, so pena de verse rehusar el billete de contingente. Es decir, que según la ley actual, para que el fabricante de una cinta alemana obtenga en compensación un billete de contingente, mediante el cual puede introducir en el mercado una cinta extranjera, el personal realizador de su producción tiene que ser al completo de origen alemán. Una cinta alemana, elaborada por alemanes, pero en que su director sea extranjero, pasará, sí, como cinta alemana, pero no obtendrá billete de contingente o de compensación, y esta autorización, muy solicitada por los importadores de cintas extranjeras, se cotiza ahora entre 30 y 35.000 marcos oro. Así, un buen número de artistas y directores de nacionalidad extranjera, que trabajan con éxito en Alemania, y que gozaban de la confianza de los productores y del público, han empezado a emigrar, y los pocos, muy pocos, que aquí quedan, no tienen más remedio, antes de verse sitiados por el hambre—¡lo que es la protección de la industria nacional!—y faltos de toda probabilidad de trabajo, que *har el petate* y abandonar este país del Arte en donde, durante largos años, han trabajado con esmero en el film alemán, han conquistado un nombre y han fundado un hogar. Alemania, fría como su clima, les echa. Y los artesanos del Arte cinematográfico que no han cometido más delito que el de haber nacido más allá de las fronteras germánicas, tienen que marcharse. Lo propio va a ocurrirle al emborronador de estas cuartillas, que responde al nombre de

ARMAND GUERRA

Berlín, mayo 1931.

“MADAME X”

Es el apósito femenino extra-absorbente.

Su precio es siempre el mismo.

Véndese en todas partes



Caja de 12 apósitos
Pesetas 3'50

Caja de 3 apósitos
Pesetas 0'95

Máquinas para coser y bordar



Las de mejor resultado
La célebre rápida



TÍVOLI

Gran triunfo de

John Barrymore

en la sensacional producción

TEMPESTAD

con CAMILA HORN, LUIS
WOLHEIM, GEORGE
FAWCETT y BORIS DE FAS

Un film de

LOS ARTISTAS ASOCIADOS (UNITED
ARTISTS)

CINAES

presenta en el

SALÓN CATALUÑA

la producción WARNER BROS

El canto del desierto

INTÉRPRETES:

John Boles
Carlotta King
Louise Fazenda
Myrna Loy
y Johnny Arthur

Film basado en la famosa opereta musical de Hammerstein
que se ha representado 2.000 veces consecutivas en el DRURY
LANE, de Londres.

¡La filigrana musical de nuestro siglo!

Es una **EXCLUSIVA CINAES**

La tragedia de Alma Rubens

No recuerdo exactamente en qué lugar de Nueva York conocí a Alma Rubens. Ella acababa de filmar «El pelficano», como estrella de la Fox Corporation. Eran los días, un poco lejanos ya, en que la pantalla no había encontrado aún su expresión vocal.

Si hemos de creer a lo que la Fox dijo ser la razón de su viaje a Nueva York, Alma venía en busca de unas bien merecidas vacaciones. Posteriormente se afirmó que el viaje estaba inspirado en la necesidad de someterse a los consejos y tratamiento de un famoso médico capaz de libertarla de la tiranía de las drogas heroicas.

La trágica y atormentada Alma había sido siempre mi actriz favorita. Así, pues, sentí algo parecido a la realización de un ensueño acariciado el día que mi jefe de Redacción decidió la hiciera una interview.

Desde los días venturosos de mi adolescencia había seguido con interés la marcha ascensional de Alma Rubens. ¡Cuántas emociones había despertado en mí su trabajo al lado de Douglas Fairbanks o Bill Hart en las películas un tanto primitivas de Triangle! En muy poco tiempo había triunfado Alma en fuerza de su belleza y de su arte. Para muchos aparecerán ya perdidas en la bruma algunas películas como «La túnica del destino» o «La luciérnaga» pero a la artista no podrá olvidársela jamás. Tenía los ojos más tristes del mundo. Hasta cuando reía o jugaba sus pupilas parecían anegadas en lágrimas. Y acaso esta imagen que tuve de Alma me impulsó a conocerla. Quería ver aquellas lágrimas. Pero la realidad disipó mi romántica ilusión y cuanto más íntimamente traté a Alma Rubens más convencido quedé de que sus tristísimos ojos no lloraron nunca.

Después de una estada de casi dos meses, Alma regresó a Hollywood llamada por la Fox que la necesitaba para una película. Alma había recobrado la confianza en sí misma. Además se sentía casi totalmente curada. Pero en el tren que la trajo a Hollywood ocurrió un accidente que adivinó la prensa sin llegar a descubrirlo. En Hollywood sólo los dueños de los estudios se enteraron y yo mismo lo conocí muchos meses después. La muerte de

Alma me autoriza para publicarlo por primera vez.

Alma Rubens filmó una película más para la Fox pero su contrato no fue renovado y nadie se interesó ya por ella. Sólo algunos meses más tarde se le confiaron papeles en «Ella va a la guerra» y «El circo flotante». Esta última producción en la que Alma tomó parte al lado de Laura La Plante y Joseph Schildkraut, adquirió los contornos de una tragedia el día que fue estrenada en el famoso Teatro Chino, de Mr. Grauman. Aquella mañana Alma había sido detenida por la policía acusada del uso de alcaloides. Mientras todo Hollywood, embrujado y brillante, aplaudía frenéticamente a Alma en una de sus interpretaciones más intensamente dramáticas.

Ricardo Cortez no tuvo nunca amigos. Su egoísmo y vanidad lo separaban de todos. En los estudios de la Paramount no había un hombre menos querido que Cortez. Cuando se le rompió el contrato la alegría fue general. He visto muchas veces a los electricistas y aprendices imitando grotescamente las maneras de «Mr. Cortez». Más adelante comprendí que sólo la influencia mágica de Alma Rubens

había transformado tanto al hombre. Alma le enseñó a ser tolerante con los demás, a conocer el verdadero valor de las cosas, le hizo entender el sentido noble de los sacrificios. Bajo la sombra de sus pestañas gigantes se despojó Cortez del manto de falsedades que siempre había usado.

Yo nunca olvidaré una noche en que Alma preparó para nosotros una taza de café y huevos fritos. Parecía feliz como una chiquilla y se regocijaba de ser nuestra propia cocinera. Lo arregló todo con la misma habilidad que su doncella y debieran haberla visto los millones de personas que sólo conciben a las estrellas gozando las delicias del Rolls Royce o tomando baños de leche en los estudios de Cecil B. de Mille. Aquella noche Alma...

La fama de la pantalla es tan fugaz como su luz. Roscoe Arbuckle, Mary Miles Minter, Mabel Normand, Wallace Reid y otros muchos cayeron de sus tronos a causa de algún escándalo que consumió después sus vidas en gigantesca hoguera. Hoy los ha olvidado el público que mañana abandonará a los Garbos y a los Chevalieres.

La madre de Alma estuvo a su lado la noche en que ella murió. Aquella noche Ricardo Cortez filmaba escenas de amor alegre en los estudios de la Radio Pictures.

Hollywood, Calif., marzo de 1931.

Los animales están de enhorabuena

Esto de que «los animales» están de enhorabuena resulta a primera vista un poco peliagudo.

De seguro que muchas personas van a sentirse ofendidas, mientras otras, las de buen genio, van a sonreír y a mirar con el rabo del ojo a algún vecino... Y es casi seguro también que no faltará quien se dé por aludido con estas miradas furtivas y este decir mío...

Me fuerzan pues, a una explicación. Los animales están de enhorabuena. Me refiero a los cuadrúpedos. Porque es casi seguro que Columbia Pictures no ha pensado en darle parte alguna en esta justa artística a las pobres aves de corral.

Se trata de lo siguiente: para romper la monotonía de las comedias que las Empresas cinematográficas han venido lanzando al mercado, donde todas las gracias las pintan los humanos, Columbia ha tenido una idea salvadora y genial: va a comenzar una serie de comedias, bien hilvanadas y llenas de situaciones pletóricas de hilaridad, en las cuales solamente intervengan animales irracionales.

Así ahora muchos monos harán de veras monerías. Y perros perrerías, etc., etc. Y lo más interesante de todo es que estas comedias de asuntos puramente originales, posiblemente tomados de las célebres fábulas de La Fontaine, Esopo y otros que en el mundo han sido, van a ser «habladas».

«Vamos, amiga, ya eso es mucho embuste!»—van a decir algunos lectores intrasigentes. Y yo, con la calma que caracteriza a los que estamos acostumbrados a «habérnosla» con el público y deslindar situaciones engañosas, les tendré que replicar: no se trata de una mentira como la del marsellés y la sardina que no cabía en el puerto... se trata de un fácil truco cinesco.

Las voces serán humanas, y por medio de un cuidadoso arte fotogénico, saldrán por los hocicos, trompas, etc., de los animalitos actores.

Una innovación que asegura a Columbia pingües ganancias. Porque hasta ahora muy pocas empresas han tenido en cuenta lo graciosos que son algunos animales, y que muchos de ellos lo hacen mejor, en diciendo a actuar, que algunos individuos de dos pies que se pasean por Hollywood... en busca de contrato.

Hasta ahora el reparto para estas comedias incluye los animales siguientes: jirafas, leones, tigres, perros, gatos, elefantes.

Estas películas cortas, naturalmente, serán dirigidas y supervisadas por Bryan Foy, personalidad bien conocida en la industria, donde su actuación triple como actor, autor y productor le ha valido innumerables triunfos.

Y como el joven Bryan Foy comenzó su carrera artística haciendo reír a los públicos, pues era un comediante de primer orden, resulta que sabrá muy bien buscar situaciones en las cuales los animales estén a la altura conveniente para que hagan reír.

Imaginaos una monita enamorada, suspirante y llena de celos porque el mono de su novio se hace el chivo loco con otra mona.

Y a un enorme elefante poniendo los ojos en blanco por el amor de una «Eva» cualquiera en el corral. (Que para el caso no necesita necesariamente ser elefanta también, pues Chevalier ha dicho ya que en la variedad está el encanto del amor...)

Este señor Bryan Foy se hizo famoso desde el año 1920 que hizo su debut en el cine silente. Ha escrito muchos diálogos para las películas parlantes y durante mucho tiempo fue uno de los valores más positivos en el elenco de la Fox donde escribía argumentos. Después entró a trabajar con Warner Brothers y para ellos dirigió y produjo más de cuatrocientas comedias.

Y ese es el hombre que va a dedicarse en adelante a dirigir animales... Sabe Dios si mister Foy se cansó de dirigir humanos y quiere un respiro...

Mientras tanto, muy en breve comenzaremos a gozar del espectáculo risueño de esas comedias ingenuas, en las cuales, a los observadores, espíritus capaces de penetrar en mundos desconocidos para las mentes frívolas, les está permitido encontrar grandes filosofías, grandes enseñanzas...

El secreto de una cara hermosa es tener el cabello nubuloso.



May-Wel

Es una loción ondulante que sustituye las tenacillas, evitando las quemaduras.

*

No tiene grasas y está ricamente perfumada

*

VENTA EN PERFUMERÍAS

Exclusiva J. OLIVER. - Cortes, 569

DEPILATORIO PERLINA

Novedad científica. Exento de olor desagradable. Exquisitamente perfumado.

BLASCO-BARCELONA

POTE 3 PTS. SOBRE 0'50 PTS.

Correo femenino

De interés para la mujer

Para quitar el dolor de muelas da siempre buen resultado la introducción en el hueco de muela dolorida una bolita de algodón en rama empapado en una disolución de agua, sal y alcanfor.

Los limones pueden conservarse frescos y jugosos mucho tiempo poniéndolos en agua fría cada ocho días. También se conservan bien cubiertos de arena muy seca.

La goma arábiga disuelta en agua en proporción de una cucharada pequeña de goma por un cuartillo de agua, es mejor que el almidón para dar rigidez a los encajes.

Las prendas chamuscadas con la plancha se restauran, siempre que no estén muy quemadas, con jugo de cebolla.

Después de asada la cebolla, se exprime el jugo y se mezcla con treinta gramos de tierra de batán, un poco de jabón rallado y una copa de vinagre.

La mezcla se pone al calor hasta que se disuelve el jabón y luego se deja enfriar antes de utilizarla.

Se aplica embadurnando con ella la parte chamuscada y dejándola secar. Luego se lava bien con agua.

Para conocer si una habitación es húmeda, conviene seguir este procedimiento: se coloca en el cuarto un kilogramo de cal recién apagada y se cierran herméticamente las ventanas y las puertas. Veinticuatro horas después vuelve a pesarse la cal. El aumento de peso no debe pasar de diez gramos. Si excede de esta proporción la habitación ha de considerarse insalubre.

Los objetos de hojalata se deben lavar con agua de jabón caliente, tan pronto como sea posible, después de haberse usado. Para conservarlos con brillo deben fregarse una vez a la semana con jabón y arena o cenizas fi-

nas, secándolas perfectamente con un trapo suave.

Los mármoles sucios y descoloridos quedan como nuevos, frotándolos con la siguiente preparación: dos partes de sosa común, una de piedra pómez y en polvo y otra de tiza pulverizada, todo esto filtrado. Después se lava el mármol con agua y jabón.

Las alfombras sucias de polvo o que han perdido el color, deben ser frotadas con un trapo empapado en agua salada y luego secadas con trapos limpios. La sal devuelve el color.

Cuando las moscas molestan no hay más que colgar del techo un ramo de hojas de nogal, cuyo olor las ahuyenta en el acto.

Quitarse las abolladuras de los sombreros hongo siguiendo puntualmente estas instrucciones: colocado el sombrero sobre un objeto esférico duro, se extiende sobre las señales de la abolladura un trapo, y aún mejor un paño, húmedo. En seguida se pasa sobre el lugar dañado una plancha caliente, apretando con fuerza, y el sombrero queda como nuevo. La única dificultad estriba en encontrar a mano un objeto casero que se adapte bien a la forma interior del cubre-cabeza. Pero quizá rebuscando bien por la casa se dé con el soporte deseado.

El limón se hecha a perder con gran facilidad, sobre todo, cuando se le coloca en sitio húmedo. Para evitar esto, póngase a secar en el horno un poco de arena fina. Cuando está fría, se pone una capa en una caja limpia y seca. Después se envuelven los limones en papel de seda y se colocan en el fondo de la caja sin que se toquen unos con otros. Procediendo de esta forma, se puede hacer acopio de ellos cuando están baratos y se pueden conservar indefinidamente.

El molido del café debe hacerse a medida que es necesario. El polvo obtenido no debe ser muy fino porque daría una infusión muy turbia.

El tic tac del reloj puede molestar a una persona enferma. Si se cubre con un vaso de vidrio, no se oirá ruido alguno.

Para que la grasa no huela si al freír salpica a la hornilla, no hay más que rociar ésta con sal.

El agua caliente no produce arrugas, contra lo que generalmente se cree, sino que por el contrario, es una de las cosas que más refrescan el cutis. Debe emplearse todo lo caliente que se pueda resistir y con un poco de vinagre.

Para limpiar las chimeneas de mármol se mezclan dos partes de sosa del comercio, una parte de greda finamente pulverizada y otra

parte de piedra pómez. Todo ello se pasa por un tamiz fino, y el polvo resultante se mezcla con un poco de agua. La masa obtenida se extiende sobre el mármol y las manchas desaparecen.

Para sacar brillo a la piedra, hay que darle un lavado con tierra de batán y agua caliente.

El papel de filtro se rompe muy fácilmente; para aumentar su resistencia, conviene tenerlo durante unos momentos en ácido nítrico, lavándolo después con varias aguas bien claras. El papel así preparado se contrae un poco y pierde algo de su peso; pero conserva

MEDIAS DE CALIDAD

SEDA NATURAL, A 8'50 PTAS.

CASA BELETA Avenida Puerta del Ángel, 35

inalterables sus condiciones de permeabilidad, y puede ser lavado y retorcido como si fuese una tela.

Las patatas conservan su blancura si se tiene cuidado de no usar la cazuela en que se cuezan más que para ellas.

Para destruir los ratones, lo más indicado es el cloruro de calcio en combinación con el ácido sulfúrico.

Estafeta

José Carrasco.—Abarán.—Su charla cinematográfica no es publicable. No le llama a usted Dios por el camino de García Sanchiz.

Vicente Ruiz.—Valencia.—El precio de la plana son 350 pesetas. Si se anima ya lo sabe.

Alberto Israel.—Tánger.—Esa revista no es nuestra y por lo tanto ignoramos lo que le interesa referente a ella.

G. Sandobal.—Ceuta.—Los anuncios en nuestra revista son de pago. No podemos complacerle publicando gratis esas líneas.

Enrique Belén.—Santander.—Al primero en los Studios Paramount y al segundo en los Studios Metro-Goldwyn-Mayer.

Onofre Giménez.—Ciudad.—Carmen Larrabeiti. Les Studios Paramount, 7 Rue des Reservoirs, 7. Saint Maurice (Seine) Francia.

Monsieur Le For.—Ciudad.—Lo ignoramos. Esa señorita no es artista del cinema.

Felipe Hernando.—Vitoria.—Efectivamente esos números corresponden a la huelga. Las piezas de música que le interesan no podemos facilitárselas, pues no son de nuestra propiedad.

Adolfo Moreno.—Elda.—No es publicable. Para aspirar a figurar en esa sección se requieren cualidades que usted no posee. Lo sentimos.

Comunicamos a nuestras lectoras que los cabos del Regimiento de Infantería de Ceuta, número 66, primera compañía, primer batallón, Marciano Delgado y Manuel Suárez, solicitan madrina de guerra, por si quieren favorecerlos en este sentido.

Fernando Martín.—Valladolid.—Tamaño postal, en negro y bien de luces para que pueda reproducirse, caso de que merezca figurar en esa sección.

Un grupo de chicas cordobesas.—Córdoba.—Si se nos autoriza la publicación de esa música las complacemos con mucho gusto.

Jorge Bonaño.—Río-Tinto.—No podemos recomendarle. En su caso hay millares de lectores de POPULAR FILM y comprenderá usted que no podemos dar preferencia a ninguno, pues para nosotros todos son igualmente dignos de atención.

Baudilio Amer.—Port-Bou.—La dirección de nuestro correspondiente es la siguiente: Goltz-Strasse, 30, Berlín W. 30.

Juan Carreras.—Villena.—Suponemos recibiría el número de nuestra revista. No hablamos de esa malograda artista en tiempo oportuno por causas ajenas a nuestra voluntad, pero esto no significa de que con algún motivo lo hagamos otro día con la extensión que merece quien como ella se afanó por enaltecer el cinema español.

Ubaldo Pita.—Ferrol.—¿Pero usted y sus amigos creen que es posible fabricar en serie artistas de cine? ¿Y que ninguna casa americana o europea, los ha de admitir simplemente porque se dirijan a ellas por carta? No sean ustedes tan candorosos, amigos.

CUPÓN NUM. 11

Ruperto de Hentzau

Nombre del lector

Domicilio

Dirección

Estos cupones se canjearán por otro definitivo a la terminación de la novela El prisionero de Zenda y de la segunda parte titulada Ruperto de Hentzau, de la Editorial Iberia, que dará derecho a unas artísticas tapas.



Ayuntamiento de Madrid

1310-104

ONNA GOYA - Metm Goldmann Meyer

Todo el mundo a sus anchas

«¿Cómo se las arregla usted?» Marion Davies echó una ojeada al espejo de mano y contestó a esta pregunta con una alegre risotada.

Aquella mañana habíamos leído en el periódico que Marion había dado una comida de etiqueta la noche anterior a un grupo de distinguidos visitantes en su famosa quinta de la playa de Santa Mónica en California. Y aquí la teníamos, poco después de las nueve de la mañana, tan fresca como una rosa, llena de vitalidad y energía, lista para comenzar su trabajo en los estudios.

«Anoche fué una excepción», replicó en tono confidencial, como una chiquilla que tratara de excusar su escapada de la escuela. «Rara vez invito a nadie cuando estoy trabajando, salvo los sábados por la noche, en que puedo descansar el domingo hasta la hora de recibir por la tarde como de costumbre a todos mis amigos; pero mis huéspedes de ayer se iban pronto de la ciudad... y además, se trataba de celebrar un cumpleaños. ¡Y yo me retiré temprano a la media noche... así es que realmente no me porté muy mal!»

A pesar de su establecida reputación de encantadora ama de casa y de que su salón es el centro donde se reúnen todas las celebridades internacionales, Marion Davies no tiene pizca de la altivez regia que suele acompañar tales distinciones. Con su aspecto de chiquilla alegre y alborotadora, no da importancia alguna a su fama de ama de casa genial.

«Nunca se me ocurre clasificar como fiesta de sociedad ninguna de las comidas o recepciones que ofrezco. Invito a la gente que pienso tendrá gusto de reunirse con los demás contertulios y los encontrará interesantes, cualquiera que sea su posición social», explica Ma-

Marion Davies, viajera gentil en todas las grandes estaciones del mundo.



rión. «No me preocupo de entretenerlos, en el sentido exacto de la palabra. Invito simplemente a las personas que puedan entretenerse en su mutua compañía.»

Recordando la larga lista de prominentes personajes que han honrado con su presencia las diversas recepciones ofrecidas por la seductora estrella, preguntamos:

«Pero, en cuanto a posición social... ¿no hace usted distinciones entre los diferentes grupos que invita?»

«No, de ningún modo», fué la franca respuesta. «Si bien es cierto que la mayor parte de mis invitados son gente de cine, no se desprende de ahí que todos sean estrellas, o especialmente famosos. Muchas de las personas que frecuentan mi casa apenas pasan de la categoría de extras; pero son amigos míos y, por consiguiente, tan interesantes y bienvenidos como cualquiera de los otros. La

cuestión de importancia social nunca interviene en la elección de mis invitados. Hay una especie de convenio tácito, sin embargo, de que ni productores ni estrellas, directores y demás, habrán de men-

OROCREMA

JABON DE
ALMENDRAS

¡Tantas fórmulas de belleza que usted habrá leído y aun probado, y tan fácil y a mano como tiene una, sencilla, económica e infalible!

El uso constante en el baño y en el tocador, propio y de los suyos, del famoso jabón

OROCREMA

de pasta de almendras, glicerina y aceite de coco.

¡No olvide que se imita!

LOS PERFUMES DE TASARA
ALFONSO XII, 11
BADALONA



cionar sus actividades. Quizá esto influye para que todos se encuentren a igual nivel, por lo menos en la conversación.

«¿Que de qué conversan? Pues, le diré francamente que a mí me gusta conversar del cinema, y que todo el que viene a mi casa parece inclinado a hacer lo mismo, especialmente los ingleses y los actores extranjeros. Quieren conocer a todas las estrellas, presenciar la factura de las películas, visitar los estudios y hablar de todo lo que han oído o leído acerca de Hollywood. Siempre exhibo una o dos películas después de la comida. Luego, viene el grupo de los intelectuales de Cine-landia. Invariablemente se reúnen en algún rincón y solucionan a su gusto los problemas mundiales... siquiera por el momento. Si el invitado de honor es alguna persona especialmente interesante, la conversación gira de ordinario en torno suyo.»

Según Marion Davies (y todas las amas de casa deberían tenerlo en cuenta) el mejor medio de entretener a sus visitantes es no procurar el hacerlo.

«He notado que la gente se divierte más cuando hace lo que quiere y como quiere», dice. Algunos son partidarios del tennis; otros prefieren ir a nadar en el estanque. Los aficionados al bridge se reúnen muy pronto alrededor de las mesas, y otros se quedan horas enteras charlando en petit comité. ¿Con qué objeto hacerlos bailar o participar en cualquier otro entretenimiento

general proyectado de antemano? Probablemente gozarán más abandonados a sí mismos. Cuando yo estoy contenta, puedo tener la certeza de que mis invitados se sienten también a sus anchas.

«A veces inventamos charadas o cualquier otro juego de chiquillos en las reuniones de confianza. Luego jugamos al mah-jong, y un montón de cosas por el estilo y nos divertimos inmensamente. No es necesario tener una orquesta de cincuenta músicos ni un programa de variedades para entretener a los visitantes. Eso lo encuentran por todas partes. En tertulias de más etiqueta contrataba yo a veces una banda de música; pero rara

vez se levanta uno de la mesa antes de las diez de la noche, y aunque la música agrada en general, pocos hay que sean ardientes partidarios del baile. Los números improvisados por los contertulios son los más aplaudidos, a decir verdad... aunque no todas las amas de casa pueden contar con que Charlie Chaplin esté en vena de recitar su monólogo de Sherlock Holmes o que Bill Haines y Polly Moran exhiban sus proezas gimnásticas de moción lenta.»

El timbre del teléfono se dejó oír en su delicioso cenador sobre ruedas.

«Dispénsame usted», dijo sonriendo. «Tengo que dictar mi lista de invitados para la comida de mañana.»

«Mañana» era sábado, por supuesto.

CARMEN DE PINILLOS



Bella y aristocrática, Marion Davies es una de las actrices de Hollywood y del mundo, que posee el secreto de ser encantadora y señorial a la par.

TALKIES NEWYORKINOS

GLORIA Y MARY, SOLAS

(De nuestro redactor especial en Nueva York)

DESPUÉS de nueve años de ausencia, Gloria Swanson con la misma nariz respingona que usa en Hollywood ha venido a pasar una temporada a Nueva York.

—He venido a descansar a esta ciudad donde se corre tanto.

Así de pronto parece que Gloria se ha entretenido en leer recientemente al parodista inglés, Chesterton.

La marquesa de la Falaise trae también el mismo ángulo facial. Y trae, bien a su disgusto, dos profundos surcos que arrancan de la base inferior de su nariz respingona y terminan a siete milímetros de distancia de la comisura de sus labios.

—No se puede ocultar la edad—ha confesado—. Ya tengo treinta años.

¿Cuántos años tendrá la ilustre artista cuando galantemente ha confesado haber ya cumplido treinta? Por fortuna todavía conserva la línea. Una línea un poco angulosa, es cierto, pero donde no faltan sus amenas curvas.

Ha venido sola. Es muy bonita, es muy atractiva, es muy inteligente, pero ha venido sola. Probablemente porque su intención es descansar. Lo ha dicho a los periodistas.

—Mis proyectos durante mis vacaciones en Nueva York se limitarán a ir todos los días al teatro y a dormir nueve horas seguidas todas las noches.

Todas las noches y parte de las mañanas. Suponiendo que la excelente artista se enfunde en las sábanas de su lecho a las doce de la noche, después de haber tomado un café con tostada a la salida del teatro, si ha de dormir las nueve horas de un golpe, precisa levantarse después de las nueve de la mañana.

No es fácil dormir en Nueva York a las nueve de la mañana. Antes de esa hora sobre las rúas de la ciudad se ha desplomado una especie de plaga de langosta, tomando el lugar del devastador ortóptero los miles de «taxi» que circulan por la ciudad. Por

supuesto, cada «taxi» va acompañado de su correspondiente claxón. Y al lado del claxón un hombre mal encarado que blasfema a voces a la menor provocación.

No es sólo el tránsito rodado el que privará de



La HERNIA y la JUVENTUD

No renuncie a los placeres de la vida de sociedad. Su hernia no le molestará ni le amargará la existencia si la lleva usted protegida por nuestro perfecto aparato "HERNIUS" tan cómodo que no se siente, y tan ligero (no llega a 200 gramos) que prácticamente no pesa.

Nada hemos de cobrarle por la consulta que le servirá para librarse para siempre de las molestias y peligros de su dolencia, mediante el empleo del salvador "HERNIUS" que construiremos expreso para la clase de hernia que usted padece. Le regalaremos el interesante tratado "GUÍA DEL HERNIADO". Visitas de 10 a 1 y de 4 a 7. Festivos de 10 a 1.

Gabinete Ortopédico "HERNIUS"
(Salvación del Herniado)

Aragón, 277, entlo. 2.ª - Teléfono 76850
(frente Apeadero Paseo Gracia) - BARCELONA

cumplir su horario de sueño a la famosa «estrella». Los camiones de la limpieza pública recogen los bidones de la basura a las ocho de la mañana, arrojándolos, ya vacíos, sobre las aceras con gran estrépito. Luego los trenes elevados, la radio del vecino que desea levantarse con música, los silbatos de los carteros... ¡Pobre Gloria! ¡Con lo mal que le van a sentar las forzadas madrugadas!

Por fortuna se va pronto a Europa. Es el lugar adecuado para una marquesa, la verdad. En cuanto a su encantador marido... ¿Dónde está el marido? Pues no nos ha dicho dónde ha dejado a su marido. ¿Está en París? ¿Está en Hollywood? ¿Se ha divorciado? ¿No se ha divorciado?

Esta Gloria de la nariz remangada no repara en tenernos preocupados a todos sus admiradores.

Mary, la dulce Mary, la niña que no creció nunca, también está en Nueva

York pasando unos días de ocio.

Desde que se ha recortado el pelo y se ha vestido de largo ya no la denominan «la novia de América», apelativo con que antes se la distinguía. Podría seguir siendo la novia de América, si exceptuamos los marinos. La novia de los marinos es Clara Bow. Esto lo saben hasta los niños precoces.

Mary Pickford a medida que transcurren los años se va encogiéndose, agarrapiñando. Parece más menuda, aunque sigue conservando una dicción inglesa purísima. Habla bien, con elegancia, con soltura, con precisión y no comprendo por qué los «clubs» feministas no le han encargado ya unas conferencias.

En esta ocasión ha llegado a Nueva York, grave, imponente, severa y melancólica.

—Acabo de rectificar mi testamento—ha dicho con voz velada por la emoción y por la extraña manía de apearse en las estaciones de tránsito en estas noches frescas de primavera—. He dispuesto que a mi muerte se destruyan todas mis películas. Quiero vivir en el recuerdo, pero no en la realidad. La realidad pasada tiene algo de ridícula. El recuerdo tiene mayor actualidad y es más grato.

¿Qué les ocurre a estas estrellas cinematográficas? ¿Qué leen para venir aquí tan sentenciosas, tan dogmáticas, tan profundas? Hollywood, ciudad alegre y frívola, sí, sí. Un poco

más de frivolidad y habrá que fundar un monasterio y un convento en la ciudad de las películas. ¡Si estará el Kempis ahora de moda en Hollywood!

También la señora de Fairbanks quiere descansar. Ese sol abrasador de California agota a nuestras más celebradas artistas. Una vez que descanse (no ha confesado el número de horas que precisa dormir

para lograrlo) trae un proyecto genial.

—Se dice que el abogado que fué a esperarla a la estación viene a tramitar el divorcio con Douglas Fairbanks.

La muñeca viviente, propiedad de Douglas Fairbanks, se sonrió.

—Ustedes no pueden ver a un abogado sin sospechar que se trata de un divor-

cio. Precisamente voy ahora a Europa a reunirme con Douglas y pasar cinco meses en el Continente. Necesito a mi abogado porque pienso establecer un negocio de cremas para el embellecimiento del rostro. Tengo fórmulas muy interesantes.

¡Y luego dicen que el cine embrutece! Será a quienes lo contemplan, porque quienes actúan en él no

pueden ser más pródigos en ideas originales.

AURELIO PEGO

Nueva York, mayo.

Actrices españolas contratadas

Algunas actrices de habla española que filmaban películas para los estudios de Hollywood han sido contratadas en Europa. Cosa rara, en todos los casos se trata de muchachas formadas en Hollywood y Nueva York. Rosita Moreno ha salido ya para París y es probable que en el mes de mayo la siga Luana Alcañiz. Luana fué contratada hace un año por la Fox y realmente en las pocas películas que hizo se pudo apreciar sus magníficas condiciones que la señalaban como la mejor entre las chicas jóvenes de nuestra Raza. Luana ha bailado durante algunos años en los principales teatros del famoso circuito americano Orpheum y R. K. O. y ha tenido siempre éxito espléndido. El trabajo de Luana en «El presidio» gustó también mucho, tanto que la First National le encomendó el papel que en inglés hiciera Billie Dove en «The Dared Lady» («La dama atrevida»).





Jeanette Mac Donald, la de la voz de oro, la actriz todo gracia, belleza y feminidad, ha pasado a ser "estrella" exclusiva de la Fox, que acaba de presentarla en las pantallas de los salones Kursaal y Capitol, con Reginal Denny, en la comedia

"¡Mío serás!"

En la página de enfrente damos la sinopsis de este film.



Los vestidos de
Jeanette
Mac Donald
en
"¡Mío serás!"



lo cual descubre su personalidad. Entonces McGann, que siempre ha abrigado el deseo de ser un gran cantante de ópera, al saber que aquella mujer era la célebre Carlotta Manson, se olvida del motivo que le trajo allí, le dice que él es un constante espectador de la ópera.

A la mañana siguiente, McGann se presenta en el teatro a la hora convenida y, a pesar de la oposición del empresario y del apoderado de Carlotta, ésta consigue que le prueben la voz y hasta intenta inscribirle entre el personal artístico del teatro. Sin embargo, esto no es posible porque la voz de McGann no es nada extraordinaria ni mucho menos; él mismo lo reconoce así y decide volver a su ocupación de ladrón. Carlotta trata de disuadirle, pero él se empeña, hasta que al fin ella se ve forzada a decirle que le ama y que desea casarse con él.

McGann acuerda casarse con ella, pero declara enfáticamente que no tiene intención de ser guardián de sus perros y que no soportará a su alrededor al séquito de la cantante.

Carlotta está enamorada del ex ladrón, y accede a todo, incluso a abando-



cada día más enamorada del indiferente McGann, cuyo carácter y procedimientos de hombre primitivo es lo que más atrae a la temperamental «prima donna».

La plácida estancia de la pareja sufre una interrupción por parte de unos

Sinopsis de "¡MÍO SERÁS!"

La gran cantante de ópera Carlotta Manson, era la nota sensacional de la ciudad. Por su singular belleza, su voz de oro, la fuerza de su temperamento y el magnético atractivo que fluía de su personalidad, electrificaba todas las noches a la enorme muchedumbre que llenaba a rebosar el gran teatro en que ella actuaba de «prima donna».

Aquella noche, al terminar el aria de «Tristán e Ysolda», el entusiasmo fué mayor que nunca y la ovación que estalló la obligó a comparecer una y otra vez ante el público frenético para apaciguarlo.

Parecía, pues, muy lógico que, al retirarse a su camerino, se sintiera satisfecha y feliz. Lejos de ser así, padecía una sobreexcitación nerviosa, y su mal humor era tan notorio que causó extrañeza a todo el cortejo que la rodeaba, empresario, agente, doncella, personal del teatro, etc., a pesar de lo acostumbrados que estaban a soportar las «genialidades» de la gran actriz.

Evidentemente a la bella Carlotta le faltaba algo, un novio quizá, aunque esto no se lo hubiéramos podido decir a ella sin peligro de que nos arañara.

Por fin su doncella Laura pudo calmarla y hacer que fuera a acostarse.

A media noche un rayo de luz la hiere en los ojos, se despierta y ve a un ladrón enmascarado que le está robando las joyas. El ladrón es nada menos que el famoso Barney McGann, muy conocido por la policía de todos los distritos, aunque nunca podía darle caza. Barney intenta tranquilizar a la hermosa Carlotta e intenta para ello apelar al cloroformo, pero ella se resiste entre otros motivos para no dañar su voz, con-

nar el teatro tan pronto termine su contrato, que será pronto.

Se casan y parten para Italia a pasar la luna de miel, pero Laura, la doncella, no quiere abandonarlos y va con ellos.

Ya en Italia, Carlotta está

viejos amigos de Carlotta que la invitan a cantar una canción en una fiesta de caridad que tiene lugar al día siguiente, invitación que ella no puede rechazar. McGann asiste a la fiesta, pero se aburre sobremedura y en mitad de ella se marcha al jardín. Allí se encuentra con una pareja de recién casados, antiguos amigos suyos. Ella es Totsy Franklin, antigua bailarina de variedades, y él un boxeador conocido en los medios pugilísticos por «Traga-Golpes».

McGann se alegra mucho de verles y Totsy se pone a contar a McGann algunos chistes que redundan en carcajadas de los tres, lo que trastorna a Carlotta en mitad de su canción, pero continúa. Después McGann presenta sus viejos amigos a Carlotta, pero a ésta no le atrae la pareja y menos cuando sabe que McGann les ha invitado a comer.

Carlotta, más tarde, vuelve a América y a la ópera y en la noche de estreno obtiene un triunfo mayor que nunca. Ella aún ama a McGann y cuando Laura le muestra una linda corona que él le ha enviado, ella tiene la idea de que él ha estado en el teatro, y pide a todo su séquito que le busquen, pero no le hallan.

Ella vuelve a su habitación completamente angustiada, y durante la noche McGann vuelve a penetrar en ella y esta vez se queda.



Los
grandes
films
de la
temporada

La Paramount
presentará en la
pantalla del Coliseum

La última
orden

obra cumbre de Emíl Jannings,
que prohibió la dictadura beren-
guerista y borbónica, por miedo a la
valentía de su argumento, de un fuerte realismo.



Con Jannings, toman
parte principal
en este film
Evelyn
Brent
y



William Powell, dos artistas
de positivo mérito, que
se superan en
esta obra de
ambiente
ruso.



Charlando con la estrella rusa Olga Tschechova

A l recorrer, desorientado, los estudios de Joinville, la casualidad me hizo entrar en un «set» donde el célebre realizador, Dimitri Buchowetzki se hallaba dirigiendo, «Die Graue Excellenz». Frente a la cámara, una mujer bellísima sonreía graciosamente, siguiendo las instrucciones, más bien consejos, de este genial creador. Era Olga Tschechova—protagonista del film—, la que ha sabido triunfar en todos los países, consiguiendo el aplauso y la admiración de los públicos más exigentes. Aprovechando un momento de descanso, me acerqué a ella, y como dos viejos amigos comenzamos a hablar:

—¿Qué era usted antes, de dedicarse al cine?

—Cancionista y actriz de teatro, como mis padres que gozaban de una gran reputación en Rusia. Toda nuestra familia ha seguido con mucha suerte este camino, conociendo de cerca las caricias del triunfo.

—¿Solamente usted se dedicó al cine?

—Sí; soy la primera que ha probado sus condiciones fotogénicas.

—¿Por qué?

—Es un arte más moderno, tal vez más completo, pues permite expresar todos los sentimientos, con absoluta libertad, sin trabas de ninguna clase.

—¿Qué films tiene usted hechos?

—«Moulin Rouge», «Le maitre du monde», «L'Enfer de L'Amour», «Le detective de la Empereur», «Amour et boxe», «Troika», «Chemin du paradis» y «Das mädcl von der R...n», de mi excelente compañero, Benno Vigny.

—¿Le gusta a usted París?

—Siento gran alegría al encontrarme de nuevo, aquí. Es verdaderamente encantador y pintoresco.

—¿Piensa usted casarse?

—Cuando llame la fama a mi puerta y encuentre el compañero soñado.

—¿La emoción más grande de su vida?

—El día de mi debut. Cuando salí de escena, lloraba amargamente.

—¿Por qué?

—No conocía la caricia del triunfo y en la sala, premiaron mi trabajo con una ovación

ensordecidora... Por eso, sin poder evitarlo, mis ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Tiene usted alguna otra afición?

—Me seduce el deporte: cuando puedo, remo, nado, salto, corro, hago gimnasia, y llevo mi automóvil a toda velocidad.

Dimitri Buchowetzki deja oír en el «plateau» su voz fuerte y autoritaria. Olga Tschechova me dice adiós y desaparece corriendo entre decoraciones y aparatos eléctricos.

MARIO ARNOLD



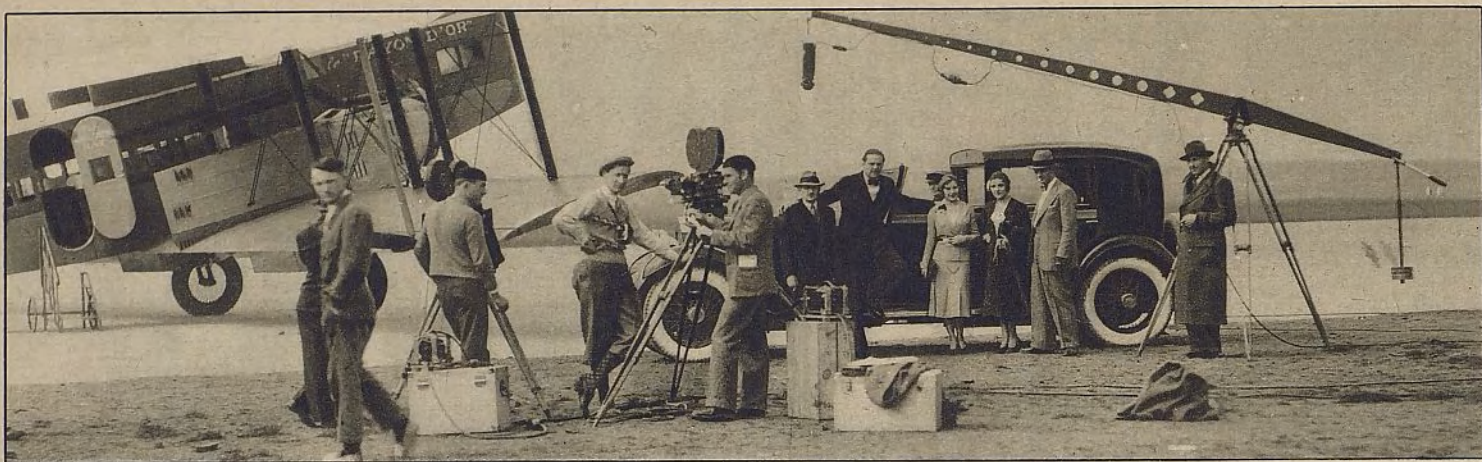
ERNESTO VILCHES, CREADOR DE TIPOS

Pocos artistas igualan a Ernesto Vilches en el difícil arte de la caracterización. Sólo un Lon Chaney, que encarnó máscaras espantosas, tipos contrahechos, torturados, repulsivos, fué capaz de superar al gran comediante español.

En la pantalla ahora, igual que antes en el teatro, Vilches es el creador de tipos más formidable que existe. Nos sugiere esta nota, su actuación en el film de la Metro Goldwyn Mayer, «Wu-Li-Chang», en cuyo personaje llega Ernesto Vilches a la máxima superación artística.

En las originales fotografías que se enfrentan con estas líneas, aparece el notable actor, en el tipo que ha compuesto para otra película de la M. G. M., «Cheri-Bibi»—en la que le acompaña la belleza espléndida de María Fernanda Ladrón de Guevara—y en la de abajo el Vilches auténtico posando para que el famoso Coke le haga un apunte.





Novelas cinematográficas

LO MEJOR ES REÍR

Dirección: E. W. Emo. - Protagonistas: Imperio Argentina y Tony D'Algy. - Narración de Mario Arnold

(Continuación del número anterior)

haría yo por ti para demostrarte mi amor?

—Paga eso.

Y señala las botellas vacías, mientras sale a la calle, gritando:

—¡No llamaré!

Esto lo ha dicho, seguramente, para des-pistar, porque ante el primer teléfono que encuentra, se detiene y habla. Pero su dolor crece con la respuesta que recibe:

—Llame usted mañana.

—¡No llamaré! — contesta, trágicamente. Mañana, será tarde.

Vuelve a su casa. Entra en el estudio. Carga el revólver, silenciosamente. Saca cuanto tiene en el bolsillo, lo pone sobre la mesa, se sienta y escribe: «Te he telefoneado por última vez y como de costumbre, estabas fuera.» Dobla el papel, lo mete en un sobre que cierra, habla con el busto de Gaby, desesperado, y por fin, con un martillo, lo golpea hasta hacerlo pedazos. En este momento, entra ella:

—¿Qué haces, Charles?

Y, azorado, tratando de disimular:

—Nada: una araña que vi en el suelo, y le tiré con lo primero que tenía a mano...

Gaby descubre la carta y después de leerla le aconseja, mimosamente:

—No seas niño, Charles. Tú no te puedes matar. Hay en esta vida, alguien que te quiere con toda su alma...

—¿Quién?

—Bijou.

—¡Venga el revólver!

Gaby vuelve a su domicilio, donde Guilbert la espera con los brazos abiertos, porque, durante su ausencia, m a r c h a - ban malos negocios. En este momento aparece el secretario, gritando con toda su fuerza.

—¡Dicen por teléfono que los aceites van a flote. Han subido cuatro enteros!

Guilbert va a su despacho y Gaby a su alcoba.

Suena el timbre de la puerta. El criado abre y aparece Raul, el músico bohemio, autor de la canción con que ella triunfaba en otro tiempo.

Pregunta por su amiga y como no tiene tarjeta, escribe en la pechera del criado: «Hola, Gaby. Deseo verte.» Este va en busca de la señorita que, después de leer, llena de emoción por la visita inesperada, como no quiere recibirlo, contesta en la misma forma: «La excelentísima señora Guilbert, no está en casa.» Y el criado vuelve ante Paul:

—Lea el señor.

—¿Lo has leído tú?

—No puedo. Y como en el espejo resulta al revés...

—Pues dice que me lleves al comedor y me des de beber.

—Entonces, venga conmigo, el señor.

Después de apurar varios vasos de whisky, Paul va al salón, se sienta ante el piano y lo hace sonar. En este momento entra Guilbert que con él sostiene un diálogo poco agradable.

Gaby, en la estación, espera la llegada de Margueritte, que viene de Londres. Cuando ésta descien-de del coche la abraza y la besa. Después recogen el equipaje y, en un taxi van a la casa, comentando los incidentes del viaje.

Guilbert abraza a su hija que corre a la habitación, y dice a su mujer al quedarse ambos, solos:

—Ha venido a verte un joven.

—¿Un joven?

—No me importa que vengan a verte los amigos que conociste en horas poco felices...



—Lo sé y te lo agradezco.
—Pero preferiría que este muchacho no volviera a poner los pies aquí.
No ha acabado de decir estas palabras, cuando, se presenta Paul que ha decidido volver:

—¡Gaby! Dichosos los ojos...
Y, con mucha frescura les lleva ante el piano que, como la vez anterior, toca, maravillosamente. Pero Guilbert, desesperado, desciende la escalera y va a la calle, dejándoles solos.

Más tarde, el criado anuncia a Charles LAGRANGE, que reciben en seguida.

Gaby, Margueritte y Paul, se han reunido con Charles, en su estudio, donde hablan alegremente, recordando aventuras de un pasado en que todos se sentían más felices.

Paul siente un loco amor por Gaby, y al darse cuenta de que es imposible su cariño, piensa en el modo de alejarse para siempre de su lado. La dice que irá a Roma, con la esperanza de no volver a verla más. Ella, siente su partida, le quiere en silencio, y con una sola frase trata de retenerlo en París:

—No te vayas...
Charles ama, también, a Margueritte. Los dos se aman desde el momento en que se conocieron, y juntos, a todas horas, dejan que juegue en ellos la ilusión, haciendo infinidad de proyectos para el futuro, algunos de ellos, completamente irrealizables.

Los cuatro salen del estudio, para dar un paseo. Estos en el yate de Guilbert, y los otros, en un automóvil, carretera adelante.

El yate navega al azar, abriéndose paso por infinidad de caminos. El automóvil, en cambio, se para, en un despoblado, por falta de gasolina. Comienza a llover exageradamente, no pueden levantar la capota y con infinita resignación, sienten como se mojan sus vestidos.

Paul descubre a lo lejos una casita de campo y corren los dos hacia ella. Exploran el interior desde la ventana entreabierta y viendo que no hay nadie, salta él para franquear a Gaby la entrada. Una vez guarecidos de la lluvia, descansan mientras secan al fuego sus vestidos.

Llega en seguida, el dueño. Al abrir la puerta siente ruido y corre

en busca de la policía que se presenta al instante, revólver en mano, como si fuera a encontrarse con una banda de ladrones. Después de varias preguntas, se llevan a Gaby y Paul, esposados.

Margueritte y Charles acaban de llegar al muelle, donde desembarcan. Van cogidos del brazo, amorosamente. Un fotógrafo les acecha sin ser visto y al verles pasar junto a él, dispara varias placas.

Guilbert y Durand, en su despacho, hacen infinidad de números, acerca de las últimas ganancias obtenidas en un negocio de secantes, y celebran el triunfo, bebiendo champán, a salud de Gaby, la mascota de la casa, que antes buscaron inútilmente por todas las habitaciones.

Suena el teléfono. El comisario de policía pregunta por el banquero, para decirle que tiene detenida a su mujer. Este suplica la pongan en libertad, y con su secretario, continúa bebiendo, muy satisfecho de su felicidad y de su suerte en todas las empresas.

Margueritte llega al palacio, y un momento después, Gaby, con Paul, dentro del automóvil celular, al que sigue una comitiva de guardias.

Las dos mujeres, en la escalera, se abrazan. Margueritte ha bebido y está mareada. Gaby la lleva a su habitación, donde trata de acostarla, y después va al despacho de su marido que la recibe seriamente, la hace sentar y pone en sus manos un periódico, para que lea en primera plana: «Boa de un artista con

una millonaria», artículo ilustrado con la foto que hicieron a Margueritte y Charles en el muelle. Y a continuación, la noticia de que ella ha sido detenida con Paul, por asaltar una casa de campo. Esto para Guilbert, no tiene importancia, pero sí lo de su hija, a quien nunca casará con un artista bohemio. Después la pregunta si tiene todo preparado para la fiesta que van a celebrar por la noche y ella contesta afirmativamente. Como la hora se aproxima, cada uno de ellos busca sus disfraces. El banquero se viste de Napoleón, el secretario de romano, Gaby de Josefina y Bijou de Aida.

Suena la música en el salón. Van llegando los invitados. El baile comienza.

Guilbert pregunta a su esposa por Margueritte, a quien ha buscado, inútilmente. Gaby promete encontrarla, en seguida, y sale del salón. Al llegar a la terraza, tropieza con Paul:

—¿Pero, cómo, tú aquí?—le dice.
—Bijou me proporcionó una invitación.
—Cuanto te agradezco, el que hayas venido a despedirte de mí...

Se abrazan y se besan. Después de algunas frases tiernas, Paul, vuelve a decirle adiós, para siempre.

La esposa del banquero corre a la habitación de Margueritte. En el suelo encuentra su disfraz, solamente, y sin perder un momento sale a la calle y se dirige al estudio de Charles. Allí la encuentra, preparando con rapidez una maleta, en la que guarda todas las prendas de su novio. Con él se encara para decirle:

—Muy bonito. Pero, ¿es que intentaba usted huir? ¿Qué es esto, Charles? ¿Una fuga, un rapto?

La hija del banquero, contesta que se trata de una broma por parte de ella. Que jamás huiría, y menos para casarse, con un artista bohemio. Que todo cuanto había hecho hasta ese momento, era por divertirse.

Y sale con Gaby del estudio.
Charles queda anonadado, sin poder comprender la jugarreta de que ha sido víctima. Su dolor es infinito. Aquellas últimas palabras, pronunciadas por la única mujer que había querido, en el mundo, destrozaron, cruelmente, su corazón. Todas las ilusiones rotas, perdidas las esperanzas, la felicidad deshecha...

Suena un disparo.
Gaby, asustada, vuelve al estudio. Charles está en el suelo. A su lado, el revólver, humeante, aún. Se arrodilla junto al cadáver...

Una avalancha de curiosos y de policías va llegando. Se llena la casa. El comisario pregunta a Gaby, cómo ha ocurrido aquello. Y

(Continúa en
Pantallas)



MENTIDERO DE LOS ESTUDIOS

Desde hace unos días, el «metteur en scène» Carlos San Martín lleva unos zapatos rarísimos. Son de color café con leche, y de lejos parecen unas «pantufilas». Alguien con mucho interés le ha preguntado:

—¿Está usted enfermo?

—¿Le duelen los pies?

—¿Por qué lo dice?

—Como le veo en zapatillas...

Fué necesaria una explicación y contar a la vez la historia de los zapatos.

—Son de ante gris... Se han vuelto casi blancos... Los compré, etc.

Entre los artistas de cinema ocurren cosas graciosísimas.

La maravillosa «star» Trude Hesterberg, que desempeña un «role» distinguido en el film de Alexandre Korda, antes de dedicarse al cinema ha sido estrella de music-hall, creadora en el «L'Admirals Palace», de Berlín, de

muchos espectáculos inolvidables. Y hoy, como entonces, goza en estos estudios de una justa fama, debido a su talento y a su belleza incomparable.

El genial actor Jean Worms, que hizo su debut en «Rive Gauche», está orgulloso de su trabajo en los estudios Paramount, y sólo tiene un deseo que le acaricia constantemente: que llegue el momento feliz de volver a ponerse ante la cámara.

El servicio postal de París acaba de hacer una seria estadística de las cartas que reciben diariamente los galanes de los estudios Paramount, y he aquí una parte de su resultado: Henry Garat recibe un término medio de 267 por día; Fernand Gravey, 258; Walter Rilla, 241; Tony d'Algy, 234, etcétera.



HAY JOYAS Y
JOYAS. HAY
JOYAS DE RI-
CO Y JOYAS
DE SEÑOR.

J. R. O. C. A

Catherine Moylan, una guapa chica de los estudios Metro-Goldwyn-Mayer, que nos hace pensar si en dichos estudios no habrá ninguna cara fea, aparte la de Stan Laurel y Oliver Hardy y alguna que otra, de individuos del género masculino.

RAMBLA DEL CENTRO, 33 - PASAJE BACARDI, 2

PANTALLA CÓMICA



Por qué Charlot no vino a España

La pandereta española ejerce sobre Charlot, como sobre tantos otros extranjeros, una atracción irresistible.

Recientemente, Charlot ha estado a punto de realizar sus deseos. Pero acontecimientos inesperados, de carácter político, lo han impedido.

Es curioso y pintoresco, relatar cómo se ha imaginado el cómico genial los acontecimientos desarrollados en nuestro país últimamente.

El proyectado e irrealizado viaje de Charlot a España tenía como base de actuación la fiesta nacional. De los toros le hablan, allá en Hollywood, Buster Keaton, Luis Alonso y otros artistas de la pantalla.

Charlot, ya cerca de la joven República quiso documentarse acerca de nuestras costumbres. Y empezó a leer periódicos españoles, con preferencia «A B C» y «El Debate», por considerarlos los más representativos de la pandereta española y hasta un poco subidos de tono o tirando a verdes.

Lo que Charlot leyó en estos periódicos le quitaron las ganas de cruzar el Pirineo. «A B C» y «El Debate», publicaban noticias espeluznantes sobre la situación de la reciente República, noticias a través de las cuales se exaltó la fantasía del hombre del hongo. Según esos papeles, en España reinaba el caos—digno sucesor del señor Borbón—y se había apoderado de ella la hidra revolucionaria, monstruo de millares de cabezas y coco de la pobre gente de orden.

Los revolucionarios con sus buenos trabucos de la época de José María, el Tempranillo y los Siete Niños de Eoija, hacían frente a la fuerza pública. Las mujeres también tomaban parte en la jarana esgrimiendo sendas navajas albaceteñas de las de catorce muelles y con la castiza leyenda de «Viva mi dueño» grabado en la hoja.

En vista de este caos, de esta hidra y de tanta mortandad causada por trabucos y navajones, Charlot se alejó por pies del foco revolucionario y nosotros que lo aguardábamos para hacer un reportaje sensacional de la estancia en España del gran cómico, nos quedamos con la cara larga; pero consolados porque más han perdido los que lanzaron a la venta folletos sobre la vida y milagros de Charlot pensando hacer un buen negocio que ha resultado herniado, digo quebrado.

CELULOIDE



LOS CHIFLADOS

Comedia musical de la Radio

INTÉRPRETES

<i>Sparrow</i>	Bert Wheeler
<i>Profesor Bird</i>	Robert Woolsey
<i>Ruth</i>	June Olide
<i>Billy</i>	Hugh Trevor
<i>Anita</i>	Dorothy Lee
<i>El Barón</i>	Iván Lebedeff
<i>Reina Gitana</i>	Margarita Padula
<i>Julius</i>	Mitchell Lewis
<i>Fanny Furst</i>	Jobyna Howland

EL Profesor Bird y su ayuda, Sparrow, dicen la buena fortuna y se encuentran en un punto de Méjico, con unos gitanos. Sparrow se enamora de Anita, una americana que vive con los gitanos y Julius, el jefe de ellos, jura que matará a esos dos charlatanes místicos.

El Barón de Camp se hace entonces jefe de los gitanos y de Julius. Dicho Barón tiene el propósito de casarse con Ruth Chester, a quien su tía, Fanny Furst, ha conducido allí a fin de separar a su sobrina de un aviador llamado Billy Shannon. Billy, sin embargo, descubre el paradero de su novia y vuela a Méjico.

Tía Fanny invita al Profesor y a Sparrow a una función durante la cual los gitanos exhibirán unos juegos con cuchillos, la cual ha sido iniciada por el Barón. Los compañeros de Julius roban a Ruth y el Profesor y Sparrow prometen a Fanny que salvarán a su sobrina de las manos de los malvados. Cuando el antiguo novio de la desaparecida llega con su aeroplano, encuentra el escondite de ella y con la ayuda del Profesor y de Sparrow vencen al Barón y a su cuadrilla.

Billy lleva a Ruth al aeroplano y

conjuntamente con el Profesor, Sparrow, Anita y tía Fanny, regresan a casa de la tía en San Diego.

En esta película triunfa la gracia auténtica de la pareja cómica Wheeler-Woolsey, juntamente con la belleza espléndida de Dorothy Lee y June Olide, que justifican el título de «Los chiflados» porque chiflados acaban todos por ellas.



• popular film •

“ Evalú ”

(Fox-Trot)

y III

Música de Roberto Hjar.

910

cresc.

f

f

f

f

f

1.

2.

Fin.

ESTRENOS EN NUEVA YORK

La Gran Vía Blanca mostraba un aspecto peculiar. Enormes reflectores dejaban caer sus potentes rayos de luz sobre los gigantescos edificios, alargándose, como una monstruosa serpiente prehistórica, por las calles adyacentes y bañando en luz a los transeúntes. Frente al Teatro Central, en pleno Broadway, una multitud abigarrada se estrechaba en masa impresionante. Cámaras y micrófonos se hacían lugar a fuerza de empujones en la acera, para ir impresionando a las personalidades que atravesaban el vestíbulo.

El estreno de una película extraordinaria es algo casi fantástico. Y se trataba sin duda de una de las más maravillosas cintas que han pasado por la pantalla. No solamente por la grandiosidad del film, sino por las especiales circunstancias que concurrían, aquel estreno era excepcional.

Un tren especial había arribado de Washington para traer a los altos oficiales de la Marina de los Estados Unidos, que como una deferencia especial, llegaban al estreno de esta película. Se trataba de «Dirigible», de Columbia Pictures.

Este film, llevado a cabo con la cooperación oficial del Cuerpo de Marina de los Estados Unidos, ha sido aclamado como algo superior a cuanto de esta índole se ha llevado a la pantalla hasta la fecha.

La historia, con su bello romance para evitar cualquier intento de monotonía, es algo que se puede solamente calificar como la más hermosa hazaña de los aires.

El desastre que ocurre, mientras que el enorme dirigible lucha en las inmensas alturas con la furia de los elementos; la espléndida llanura del Polo Sur, cubierta por montañas inmensurables de hielo; la batalla del hombre en la helada extensión... La conquista de aquel lugar antes inaccesible, y el sacrificio de la vida en pos de esta conquista maravillosa... el coraje de un grupo de hombres entusiastas y acorazados en su infinito anhelo de triunfar; y de otra parte la joven esposa esperando con el corazón angustiado... rogando al cielo, aunque parezca una horrible paradoja, que su esposo no logre llegar a la meta ansiada... porque el punto glorioso de llegada marcará la disolución de su lazo matrimonial... la tristeza de comprenderse secundaria en la vida del hombre amado, a quien intoxican las aventuras gloriosas y las primeras páginas de los periódicos... la maestría con que la obra en general está llevada a cabo por el afortunado director Frank Capra, es algo completamente magnífico.

No solamente el estreno de la película «Dirigible» fué un éxito clamoroso por lo que el público conocía respecto a la filmación de la misma en circunstancias de absoluto verismo, sino porque los nombres que integraban el reparto eran más que suficiente motivo para el entusiasmo popular: Jack Holt y Ralph Graves, dos camaradas famosos de la pantalla. Los mismos que en films como éstos: «Submarino», «La isla de los condenados» y otros tantos dramas de Columbia, han aparecido juntos, como los amigos inseparables, a quienes el Destino ha tratado de separar amargamente, pero que la fuerza del mismo afecto ha unido por fin en la última jornada...

Jack Holt y Ralph Graves han sido los camaradas famosos de la pantalla desde hace tiempo. Y ambos son, sin duda, los tipos ideales para esta unión espiritual superior a cualquier otro sentimiento en la tierra; sus caracteres son opuestos y eso únicamente es capaz de acercar a dos personas. Es un error creer que las uniones espirituales perfectas son aquellas existentes entre individuos que piensen y actúen exactamente lo mismo, en igualdad de circunstancias. Los mejores amigos, lo mismo que las más felices parejas de cónyuges son aquellas que tienen temperamentos distintos, pero puntos afines. Generosidad de carácter, gusto refinado, nobleza de principios, aunque individualidad absolutamente opuesta. Se completan. Lo que falta a uno lo tiene el otro; la monotonía de un carácter retraído y serio armonizará siempre mejor con uno lleno de optimismo y alegría; Jack Holt serio, concentrado, pensador... Ralph Graves risueño, lleno siempre de ese espíritu infantil tan adorable en los hombres; capaces de grandes hazañas; ambos con caracteres tan diametralmente opuestos, se completan, no obstante, formando la pareja amistosa ideal.

Y otro nombre sugerente en este reparto magnífico: el de Fay Wray era más que suficiente para atraer ávido al público.

Pocas películas han tenido un estreno que

originara, al finalizar el drama, más comentarios favorables. La prensa en general ha tenido palabras de enorme halago para Columbia Pictures que ha sabido prestigiar su nombre con obras como «Dirigible», «El código penal», «Submarino» y «Carne de cabaret»...

Copiando algunas frases de la prensa: Dice William Hoehnel en el «World Telegram»: «Este film se distingue por su historia y por su épico desastre en las alturas, el más realístico que hasta la fecha se ha llevado a la pantalla»...

Julia Shawell, en el «Evening Graphic», dice: «Un drama en el Polo Sur con los colores auténticos e impresivos de la verdad. «Dirigible» es el film para las audiencias que gustan de romance y alto drama, y latidos violentos del corazón»...

Mourmant Hall, en el «Times», de Nueva York: «Un experto melodrama producido por un director experto. La acción es excitante y conducida a través del film, con gran propiedad»...

Irene Thirer, en «The News»: «Un emocionante drama parlante, la película «Dirigible» asegura un éxito sin precedentes de taquilla, para la Columbia. Esta película satisfará a cualquier público»...

Y otras tantas frases en cada periódico de la Nación, que no son sino justa crítica acerca de este film que romperá los records de taquilla de la Compañía Columbia.

MARY M. SPAULDING

CENTELLEOS

GEORGE BANCROFT firmando un nuevo contrato con Paramount que le asegura seis mil dólares semanales de sueldo.

El ex esposo de Billie Dove obteniendo del productor Howard Hughes un millón de dólares como indemnización por haberle arrebatado el afecto de su esposa.

Los periodistas ingleses de visita aquí, declarando que Hollywood ha echado a perder el buen gusto del público con sus películas carentes de sentido común, y apresurándose a solicitar los servicios de un agente cuando alguien les habló de contratarlos.

Edmund Love y su esposa (Lilyan Tashman) anunciando que se irán a pasear a Europa el próximo verano.

El director francés Fyeder ofreciendo una fiesta a la que asistieron las gentes conocidas de cine. Greta Garbo estuvo tan alegre como siempre, que estos misterios de ella son para la publicidad únicamente. Pasó la mayor parte del tiempo con una artista francesa tan linda como maliciosa en la mirada. Al día siguiente Greta invitó a su nueva amiga a jugar un partido de tennis en el Beverly Hills Hotel. Un día después a tomar una taza de te en

Santa Mónica. Se las vió juntas durante toda la semana y finalmente tuvieron una deliciosa cena en la residencia de Greta. La deliciosa francesita no es Lily Damita, como se estarán imaginando algunos, ya que esta es la actriz francesa más conocida sino Mona Goya, una monada que hace seis meses vino a Hollywood y que ha filmado ya cuatro películas en inglés y francés. Mona también habla el español.

Miguel Faust Rocha, el recordado intérprete de «Don Juan Diplomático» y «Resurrección», preparándose para regresar a Buenos Aires, aunque los amigos y entendidos en películas le piden insistentemente que permanezca en Hollywood, ya que el próximo mes se abrirán nuevamente los estudios y él (Rocha) es sin disputa el mejor actor joven que haya venido a Cinelandia.

Aurorita Real regresando a Méjico a pasar unas cortas vacaciones y Rafael Valverde preparándose para tomar las suyas en Europa.

Laura La Plante y Al Christie almorzando juntos en el Metropolitan y recordando los días en que ella fué introducida por Christie en el cine con un sueldo, que ella creía magnífico, de 35 dólares semanales. Hoy Laura cobra, también de Christie, 3.500 dólares semanales por filmar la película «Le presento a la esposa».

Redactan

POPULAR FILM:

Dibuja en las páginas de esta revista,
Les

Mateo Santos / Luis Gómez-Mesa
Enrique Vidal / Armand Guerra
Luis Linares Lorca / Jesús Alsina
A. Ferran / Juan Piqueras / Juan de España / Aurelio Pego / Gazel y otros prestigiosos periodistas de cinema.

Aplicación del cinema en la enseñanza

En mi calidad de fundador en 1899 de la Oficina Internacional de Escuelas nuevas, fusionada en 1926 con la Oficina Internacional de Educación de Ginebra, en mi calidad de co-fundador de la Liga Internacional para la Nueva Educación (1921) y de co-fundador de la Liga Internacional para Películas de la Nueva Educación (1927) he tenido ocasión de ocuparme frecuentemente de la aplicación del cinematógrafo en la enseñanza. El peligro del cinematógrafo consiste en la pasividad del espectador, pasividad directamente contraria a la primera exigencia de la pedagogía contemporánea expresada en la fórmula: «la escuela activa». La ventaja del cinema, como todo el mundo ha reconocido, está en su rapidez de información y en el hecho de que se pueden dar en un vistazo de conjunto cosas que una descripción verbal no podría dar sino en veces.

Con objeto de utilizar estas ventajas sin que los inconvenientes se noten demasiado, conviene asociar a la visión de la película la acción del alumno, en todos los casos en que la película se proponga dar una enseñanza, es decir, algo más que un simple recreo. En esta última categoría entra la ilustración de cuentos filmados destinados a enriquecer la fantasía para proyectarlos en momentos determinados como se hace hoy con la llamada «hora del cuento» en las bibliotecas infantiles; aparte este puto conviene mostrar a los niños acciones que puedan imitar. Habrá que observar cuatro etapas: 1) entender y comprender de lo que se trata; 2) ver el desarrollo de la acción educativa; 3) tratar por sí mismo de imitarla; 4) volver a ver esta acción para perfeccionarse con la comparación entre la acción torpe efectuada y la acción nuevamente vista.

Para el alumno mayor la acción puede consistir en describir oralmente o por escrito y en dibujar lo esencial. Podemos suponer como etapas: 1) ponerse en contacto con el tema para comprender su contenido; 2) ver la película; 3) describir lo que se recuerde tratando de poner en primer plano lo esencial (escala de valores); 4) volver a ver la película para comparar lo que se ha descrito con lo que se ha visto, llenar los vacíos y establecer una escala de valores más justa; 5) completar el trabajo hecho en función de esta autocorrección verificada por la segunda visión de la película.

¿Cuáles son los objetos que pueden ser filmados?

En primer lugar los oficios; 2) las realidades geográficas; 3) el desarrollo en matemáticas de ciertos procesos (curva de geometría analítica, por ejemplo) que dan lugar a diagramas, estadísticas, etc.; 4) las reconstituciones históricas; en esto hay que obrar con prudencia ya que alrededor de la vida de un héroe (sobre la importancia de las biografías, véase mi libro «L'Ecole active») se pueden observar el ambiente en que ha vivido y los objetos empleados en esta época en las diferentes manifestaciones de la vida, y se pueden

obtener por comparación vistas muy completas de la existencia humana en las diferentes épocas de la historia, que nos llevarían a la historia del trabajo y de los trabajadores; 5) las ciencias naturales: para esto como para la geografía, la película puede ser de un valor incontestable.

En ciertos casos, serán preferibles a los libros, algunas hojas explicativas destinadas bien al maestro, bien a los alumnos, pues las películas deben darse en relación a los temas de interés o hasta de acontecimientos de actualidad que no se pueden prever ni por tanto fijar en un orden determinado en los libros. Pero en otros casos se pueden obtener series de películas en relación con el texto de un libro, como por ejemplo diferentes temas de ciencias naturales, de historia, de geografía, et-

cétera. Conviene distinguir aquí la edad de los alumnos. Para los más pequeños el libro se dirigirá al maestro; para los de catorce años en adelante, a los alumnos. Podría haber también películas muy interesantes que se salieran de los cuadros previstos de obras hechas en relación directa con una serie dada.

La cuestión de los libros u hojas sueltas está por otra parte ligada a una cuestión lingüística que encierra también una cuestión económica. El día en que el cambio internacional de películas de enseñanza no tenga sino los gastos de expedición, con exclusión de los derechos de aduana, toda la cuestión quedará solucionada. Actualmente sólo los grandes países pueden esperar que circulen en ellos las películas de una manera bastante seguida para obtener en las escuelas un provecho real por la selección que se puede realizar.

ADOLFO FERRIERE

La opereta cinematográfica y su estilo propio

No se puede decir en este caso—como se dice de la creación del mundo—que el principio fué el verbo. El principio fué más modestamente—el experimento, y del experimento ha surgido, poco a poco, el estilo. Claro está que un director de escena que trabaje para la pantalla sonora no puede experimentar todo lo que él quisiera porque los experimentos resultan demasiado caros. Es preciso llegar al taller con una idea clara—todo lo más clara posible—de lo que se va a hacer, de cómo se van a sacar nuevos efectos de las nuevas ideas y de los nuevos métodos. Pero ya que no con la realización propiamente dicha—en la cual hay que operar con seguridad e ir derecho al bulto—se puede experimentar, por lo menos, con las ideas. Una idea nueva cuesta lo mismo que una idea vieja. Y una idea mala no es por ello más barata que una idea buena.

Al proponernos Erich Pommer, el director de producción, Werner Richar Heyman y el que suscribe, la realización de la primera opereta cinematográfica nos encontramos, por así decirlo, ante un terreno virgen que había que explorar. Puede decirse más: puede afirmarse que el concepto mismo de opereta cinematográfica había sido hasta entonces inexistente. Se trataba, por lo tanto, de crear nuevas situaciones—aquellas situaciones que sólo la pantalla permite combinar—y explotarlas musicalmente. «El vals del amor»—realizado según estos principios—resultó ya una verdadera opereta y claro está que si nos atrevemos a hacer esta afirmación—nosotros, los padres de la criatura—es apoyándonos en el juicio de la crítica. En «El trío de la bencina» nos hemos esforzado en enriquecer el material básico de la producción incorporando al desarrollo de la acción el elemento coreográfico. No

ha de entenderse por ello—tengo interés en hacerlo constar así—que hayamos abandonado el género opereta para lanzarnos al cultivo del género revista y que nuestra nueva producción sea meramente, como tantas revistas, una sucesión de danzas apenas interrumpidas por algunos fragmentos de diálogos. En la opereta corriente, por otra parte, la danza no pasa de ser un incidente, un elemento interpuesto, y lo que nosotros hemos querido realizar en nuestra última producción es incorporar la danza a la acción, hacerla parte integrante del argumento, de la intriga, fundir sintéticamente, en una palabra, los tres elementos: diálogo, música y movimiento. Nuestra opereta se inicia con una visita del agente ejecutivo en la casa del «trío de la bencina»—Fritsch, Karlweis, Rühmann—y ya en esta escena dejamos abandonados los métodos usuales de lo que podríamos llamar «cómic de la comedia» y dar al desagradable encuentro una solución satírica lírico-coreográfica. Las bases sentadas en esta primera escena fueron, sucesivamente, conservadas durante todo el film y de este modo logramos—creemos haber logrado—un grado de movilidad que, a pesar de la imagen fotográfica interpuesta, llega a dar la ilusión de la vida. La armonía entre la imagen y el sonido constituye el único sistema de realización fílmica hoy aceptable y hacia esa armonía ha tendido, a no dudarlo, la cinematografía muda, durante los años—que hoy empiezan a parecer-nos ya remotos—de su gloriosa existencia. Se trata de dos factores complementarios que mutuamente se estimulan, se refuerzan y se subrayan. La simultaneidad de la acción—que en la cinematografía muda era meramente ilusoria, porque en realidad los lugares diversos se ofrecían al lector «sucesivamente» y sólo la rapidez del cambio daba la ilusión de la simultaneidad al espectador—puede ser establecida de hecho gracias al sonido. Así, por ejemplo, en una escena de «El trío de la bencina», cuando los golpes de un combate de boxeo, que se desarrolla en la pantalla, van acompañados rítmicamente por las llamadas a la puerta de un grupo de visitantes que hemos visto llegar. Gracias a la intervención del elemento sonoro la percepción de acciones diversas llega al espectador con simultaneidad perfecta. La sonoridad se convierte en un elemento de acción mientras la pantalla sonora va adquiriendo, poco a poco, una riqueza igual y superior incluso a la de la pantalla muda. Esta es, por lo menos, mi impresión al encontrarme frente a mi obra última y esforzarme por juzgarla desde un punto de vista técnico-objetivo como si yo no hubiera tenido en ella arte ni parte. Ojalá sea ésta también la opinión del público.

WILHELM THIELE



LABORATORIOS
INNOXA
• PARIS •

LECHE INNOXA

*Limpia, suaviza y nutre
el cutis. Indispensable a
las señoras que utilizan
polvos, coloretes y fards.*

Untese la cara por la mañana y
noche con un algodón empapado en

LECHE INNOXA

PANTALLAS DE BARCELONA

ESTRENOS

Tivoli: "Tempestad"

ESTE film, presentado por los Artistas Asociados, en la pantalla del Tivoli, estuvo ya anunciado, para su estreno, antes de la caída de la monarquía, cuyos censores lo suspendieron por juzgarlo disolvente y revolucionario. Pero esa intención que le achacó a «Tempestad» un régimen caduco, de estrecho horizonte social y político, no existe. El único tipo de revolucionario verdadero que aparece en «Tempestad»—el buhonero «Avalín»—es sólo una grotesca caricatura moral de Lenin, el estructurador de hierro del nuevo Estado ruso. No podía ser otra cosa, siendo «Tempestad» una cinta producida en un pueblo tan esencialmente capitalista como Norteamérica. A pesar de situarse en Rusia la acción del film, a pesar de haberse elegido para el mismo una época tan agitada y turbulenta como la de la transición entre el zarismo y el comunismo, «Tempestad» carece de ese sentido de propaganda revolucionaria que se advierte, con perfecta diaphanidad de intención, en el cinema soviético.

No es éste, ni mucho menos, un defecto de la película que vengo comentando; me limito a señalar la diferencia esencial que separa la cinematografía yanqui de la rusa, de tipo original y distinto en absoluto a la de todos los países productores. Esto en claro, diré que «Tempestad» tiene una fuerza emocional enorme, que bastaría para captar el interés del espectador, si no tuviera otros valores, de carácter artístico, como son la esplendidez de los escenarios y la nitidez de la fotografía.

John Barrymore, magnífico en su tipo de «Sargento Markoff», y Camila Horn, bellísima y muy entonada en el suyo, nada fácil, de orgullosa hija del general.

Los actores, Luis Wolheim y Frank Kurier—ambos ya fallecidos—, discretísimos. «Tempestad» señala una buena jornada para Artistas Asociados y para la Cineaes, explotadora del Tivoli.

M. S.

Kursaal y Capitol: "¡Mío serás!"

OTRO film de Jeanette MacDonald, esta vez bajo la bandera de la Fox. «¡Mío serás!», con su ambiente de opereta y alguna otra escena picaresca, de vodevil fino y discreto, permite a la bonita Jeanette desplegar todos sus medios de seducción.

La parte de canto es otro motivo para que Jeanette triunfe en toda la línea. Reginald Denny acompaña muy bien a la hermosa actriz, compartiendo el triunfo con ella.

Fémina: "El demonio del mar"

RAQUEL TORRES, Charles Bickford y John Miljan forman el trío interpretativo de esta producción de la M.-G.-M., estrenada en el Fémina con buena fortuna.

La acción de «El demonio del mar» se desarrolla en una factoría de esponjas, y tiene carácter de melodrama, muy bien conducido por los protagonistas en su parte emocional.

Raquel se consagra actriz de valía en esta cinta; Charles Bickford vuelve a demostrar su calidad de cantante, y Miljan, el famoso traidor, se revela como actor eminente.

Urquinaona: "Resurrección"

EN el cine Urquinaona, espléndido salón recientemente inaugurado, se estrenó «Resurrección», de la Universal, bajo la dirección de Edwin Carew y siguiendo la

misma pauta que en la versión inglesa. Sin embargo, esta «Resurrección» en español, con Lupe Vélez en el principal rol femenino, es superior a la de Dolores del Río en igual papel. Lupe es una actriz dramática de ancho horizonte artístico, de mucha fibra y fuerte temperamento. También Luis Alonso nos gustó más que Rod La Rocque en el papel de «Príncipe Dimitri».

La adaptación de la obra de Tolstoi en español obtuvo un éxito grande y merecido.

Fantasio: "Prisioneros de la montaña"

ENTRE las varias cintas que presentaron los Amigos del Cine en su última sesión del Fantasio, sobresale «Prisioneros de la montaña», drama intenso del alpinismo, admirablemente interpretado por Gustav Diessel, la linda e intrépida Leni Bietensthal y Erns Pettersen.

Si «Prisionero de la montaña» no hubiera llegado a la pantalla después de «Tempestad» sobre Mont Blanc, de igual ambiente, su éxito, con ser considerable, habría sido mayor.

Felicitemos a Los Amigos del Cine por su acierto en la elección de sus programas.

Lluvia de cartas

EL servicio postal de París acaba de hacer una seria estadística de las cartas que reciben diariamente los galanes de los estudios Paramount, y he aquí una parte de su resultado: Henry Garat recibe un término medio de 267 por día; Fernand Gravey, 258; Walter Rilla, 241; Tony d'Algy, 234, etcétera.

Lo mejor es reír

(Continuación de las págs. 12 y 13.)

escribe su nombre, creyéndola autora del asesinato.

Uno de los curiosos, en pyjama, declara, al ver que tratan de detenerla:

—Lo vi, perfectamente, desde mi balcón. El señor Lagrange, al quedarse solo, sacó su revólver y se pegó un tiro...

Gaby queda en libertad, y vuelve a su domicilio, donde la fiesta ha terminado.

Guilbert la riñe por faltar a la fiesta. Sostienen una conversación poco agradable para ella, que le dice la imposibilidad de continuar viviendo de aquella manera. Que necesita un poco de cariño, cosa que le falta desde que vive con él, y que no tiene más remedio que ir a buscarlo. El banquero trata de retenerla, porque al perder su mascota, sabe que pronto le arruinarán los negocios. Pero ya es tarde: Gaby guarda en su corazón el amor que supo ofrecerle otro hombre, el único capaz de hacerla, del todo, feliz; aquel bohemio de Mont-Parnasse, autor de la canción con que triun-

faba en otro tiempo: Paul. Y abandona París, para buscarle...

España. Madrid. Café de la «Granja del Hénar». Como si el destino fuera cómplice de ambos, aquí se encuentran, y después de abrazarse fuertemente, cambian las primeras palabras de un diálogo tejido por la libertad y la dicha:

—¿Me quieres, Gaby?

—Con toda mi alma.

FIN

Vda LAPORTE

104 HOSPITAL 104 Barcelona

MUEBLES



FABRICA DE MUEBLES Vda LAPORTE

MUEBLES GRAN EXPOSICION

104 HOSPITAL 104

MUEBLES

MUEBLES

EL 104
CALLE DEL HOSPITAL 104
BARCELONA

TELÉFONO
18114

60 HABITACIONES INSTALADAS EN EXPOSICIÓN PERMANENTE.

VIDAS OPUESTAS

Narración de Manuel Dueñas. - Dirección de Rowland V. Lee
Versión cinematográfica de Albert Shelby Levine y Jhon V. A. Weaver

REPARTO

Capitán Jim Baker	Gary Cooper
Patricia	June Collyer
Jersey	Regis Toomey
General Hunter	E. H. Calvert
Sargento	Edgar Dearing
Inspectora	Mary Foy

JIM BAKER, convertido por obra de la guerra mundial en el capitán Baker, comandante de una de las compañías del regimiento 132 de Ingenieros de las Fuerzas Expedicionarias Estadounidenses, lanzó una mirada entre complacida y soñolienta en torno suyo, y sacando del bolsillo los avíos de fumar y la pipa, dióse a rellenarla con cuidado y lentitud en que el menos psicólogo podía notar dos cosas: que Jim era fumador consumado, y que su pensamiento andaba muy lejos de la operación que, gracias al poder de la costumbre, ejecutaba con tanto acierto y limpieza como si realmente tuviese puesta la mente en lo que hacía.

Encendida la pipa, el fumador, acomodándose cuan cómodamente pudo, dejó que la fantasía jugara con él como el viento con una hoja seca. Sin coherencia lógica, arrastrado por la loca de la casa, volaba del ayer al hoy como si fueran un solo y dilatado campo. Tan pronto se veía en su nativa Wyoming, la tierra de que se desarraigó para lanzarse, con el fervor de un moderno cruzado, en el torbellino de sangre y plomo de esta guerra; ora repasaba las más recientes impresiones, desde las del día en que pisó el suelo heroico de Francia hasta las de éste en que, guarecido en el abrigo, más semejante a cubil de fiera que a habitación de hombre, aguardaba la orden que los lanzara a él y a sus soldados adonde plugiese a una voluntad tan deshumanizada y omnipotente como si fuera la del mismo destino.

Jim Baker, ingeniero de profesión, flamante e improvisado capitán del 132 de Ingenieros, no era sujeto dado a especulaciones filosóficas. El cómo y el por qué de las cosas no le preocupó jamás. Empero, de una serie de premisas confusamente planteadas, llegaba a la conclusión desconsoladora de que en su vida y en el mundo en que su vida hallaba expresión faltaba algo fundamental. Viendo a los demás y viéndose a sí propio con ese desasimiento nacido de la constante probabilidad de morir que formaba el fondo común de su psicología de paisanos transformados de la noche a la mañana en militares, el espectáculo de la existencia resultábale absurdo. Tanto en la paz como en la guerra, era cuestión de avanzar, retroceder, marchar a la derecha o a la izquierda, dominados siempre por una fuerza invisible, cruel; sin que para ello hubiese más razón, sino la imperativa, pero muy poco satisfactoria, de que así era preciso...

¡Bah!... Lo mejor era no pensar en ello... Por lo pronto, lo que había que hacer estaba hecho: la compañía de ingenieros de la que era comandante acababa de tender un puente bajo los fuegos del enemigo, y se hundía ahora a descansar en los abrigos cavados a toda prisa. Los del otro lado, puede que tan rendidos como ellos, no daban señales de vida. Ni un disparo, ni un ruido, ¡nada!

De repente, cuando después de arrancar la última bocanada de humo sacudía la pipa, el silbido de una granada, al que siguieron en rápida y ominosa sucesión los de otras más, le hizo lanzarse fuera del abrigo. En el talud de la trinchera, desdibujada en la lividez de la noche, alzábase la silueta de una mujer, una enfermera militar a lo que parecía.

—¡Baje de ahí! ¡Baje de ahí en seguida! —vociferó el capitán Baker con acento estentóreo que quería dominar el ruido infernal

de las detonaciones y la metralla. Y notando que la interpelada vacilaba, lanzóse a ella y la arrastró consigo talud abajo.

En debilitándose el fuego, el capitán pensó en interrogar a la inesperada y no del todo bien venida huésped causante del alboroto. Pero, dejándose llevar del mal humor, antes que preguntarle empezó a apostrofarla en estos términos:

—¡Valiente estupidez! ¡Llamar la atención a los «amigos» del otro lado para que nos obsequien con unas cuantas bombas!

—¿Cómo se atreve usted a hablar en esa forma?—contestó la interpelada, en quien, por lo que se veía, no alcanzaban a hacer mella ni el tono ni la expresión de pocos amigos de Jim Baker.

—¡Silencio!—gritó éste, más encolerizado si cabe—. Límitese a contestar a lo que le pregunte. ¿Qué ha venido a hacer aquí?

—Quería conocer el frente...

—¡Muy bien! Lo que hará usted será irse a retaguardia apenas cese el bombardeo. Nos han dado orden de replegarnos al pueblo donde estuvimos acantonados antes de venir aquí. Irá usted con nosotros. Y queda detenida desde este momento.

Al fin llegó la compañía a una aldea en la que había acantonadas otras tropas estadounidenses, y el capitán mandó hacer alto. Descansarían por unas horas para reanudar la marcha hacia Morbeaux, el término de la jornada.

Aunque lo que sigue es tan cierto como que el sol nos alumbra, no ha de pedirse al lector que lo crea. En verdad, al mismo Jim Baker, cuando, tendido en la cama de un hospital de sangre pensaba en ello, costábale trabajo determinar si había sido suceso de la vida real o pura fantasmagoría.

Llegados a Morbeaux, para lo cual fué preciso otra marcha no menos penosa que la anterior, el capitán Baker, después de haber enviado a Patricia Hunter custodiada por un sargento que la dejaría en el primer puesto de Intendencia, de donde seguiría sola a su destino, alojada la gente, y no quedándole más que hacer por ese día, creyó llegada la hora de mirar por sí y pensar en instalarse lo más cómodamente posible en la casita donde, salvo azares imprevistos de la guerra, tendría que permanecer varios días.

En eso estaba cuando se le entró por las puertas la persona a quien menos podía esperar: ¡Patricia Hunter!

Sin darle tiempo a que se repusiera de su asombro, en el cual, valga la verdad, había su buena parte de agradable sorpresa, la recién llegada le explicó que había permanecido oculta todo el día, en acecho de la ocasión de desandar lo andado y correr en su busca. Le era preciso, urgente, hablar con él...

—Eso es una locura. Si la sorprendieran aquí, quedaría muy mal parada su reputación—observó con voz que en vano trataba de hacer severa Jim Baker.

—¡Y qué importa eso!—opuso ella con ímpetu—. El qué dirán, los convencionalismos sociales, no tienen valor ninguno en este nuevo mundo que ha surgido de la guerra... Durante todo el día—continuó sin consentir que el capitán la interrumpiera—he visto pasar heridos y más heridos. Eran hombres que hace poco marcharon al frente llenos de vida y la metralla redujo a desechos. Al verlos me dije que ellos, yo, todos nosotros, somos juguetes de la muerte... Sentí ansia de vivir mientras me dura la vida.

—Creo que eso mismo lo sienten todos los soldados, pero se dominan, fingen no pensar en ello—observó el capitán en tono cuya filosófica conformidad contrastaba con la exal-

tación que a medida que le hablaba se había ido apoderando de Patricia.

—Dominarse..., fingir... —empezó ésta— ¿Y para qué, cuando cada hora que llega puede ser la última de nuestra vida? No quiero irme del mundo sin haber vivido, sin haber aprovechado cada hora, cada minuto... Esta mañana, después de separarnos, experimenté una emoción que nunca había sentido... ¡Parecía que algo de mí misma se hubiera quedado atrás!

—A mí también me sucedió algo raro: apenas probé el desayuno... ¡Y mire usted que estaba apetitoso!—contestó el capitán que, poco elocuente de suyo, sentíase menos capaz que nunca, alruido como estaba por la mirada de Patricia, de hallar palabras propias para traducir lo que le escarabajaba por allí adentro.

Sin embargo de eso, las palabras apuntadas, que leídas aquí parecerán a cualquiera una verdadera salida de pie de banco, dichas como fueron, acompañadas de cierto tono de voz y cierta expresión del rostro, convencieron a Patricia de que, más allá de lo que significaban literalmente, estaba el oculto y vivo sentido de lo que animaba al que las profería. Y tan acertada anduvo en la suposición, que de allí a poco, sin parar mientes en que se exponía a un consejo de guerra, el capitán Baker iba en busca del alcalde francés, que los unió en matrimonio...

En un hospital de Niza, recuperado ya el conocimiento y en vías de franca convalecencia, el capitán Baker platicaba con algunos compañeros de armas. Va reanudando poco a poco los hilos invisibles que unen cada día lo que uno fué ayer con lo que es hoy y lo que será mañana. Por lo que le dice un oficial, su vecino de cama, se entera de que todos lo dieron por muerto, que oficialmente lo estuvo, pues su nombre salió en la lista de bajas por defunción. Y pensando en Patricia Hunter siente que le dominan dos vehementes y contradictorios anhelos: el de volver a los brazos amados; el anhelo melancólico, inexplicable, absurdo, de seguir siendo un muerto para ella; de que ella sea en su vida el recuerdo puro y radioso de la felicidad.

La voz de un compañero le saca de su ensimismamiento.

—Aquí lo pasa uno tan a gusto, que no quisiera curarse nunca—dice el tal—. ¡Esto es el country club del ejército, compañero! Deja que veas lo que nos divertimos. Nuestro centro de reunión es una quinta de la muchacha más avispada que hay en la Riviera... Armamos allí cada jaleo que no hay más que pedir: champaña, buena música, mujeres bonitas, en fin, ¡el disloque!

Jim Baker escucha todo esto casi sin oírlo. ¡Se siente tan lejos de lo que eso evoca, tan ajeno a todo cuanto hace unos pocos meses le hubiera entusiasmado lo mismo que entusiasmo al que le habla!

—Y la dueña de la quinta—prosigue éste—es algo colosal. ¡Quien no ha visto a Patricia Hunter, no sabe lo que es bueno!

Patricia Hunter... Al oír ese nombre, mencionado en tal forma, el pobre mozo siente «el frío de una hoja de acero en las entrañas». Comprende, como el poeta de las Rimas, «por qué se muere» y también «por qué se mata».

Volviendo sobre su primera resolución, que fué la de desentenderse por completo de Patricia, el capitán ha determinado presentarse en la quinta donde la traviesa millonaria da una de esas fiestas que son la comidilla de toda Niza. Quiere verla una vez más... Muerto frente al enemigo. No, no ha tenido esa

suerte. Muerto, por mano de la misma mujer que fué para él toda la vida... Pues, ¿qué otra cosa sino un cadáver que anda ha de ser de ahora en adelante?

—¿Qué te pasa, Jim? ¿Por qué me miras así? Cualquiera diría que tú crees que...—la que le habla es Patricia que se lo ha llevado lejos del bullicio de la francachela.

—¿Qué he de creer con la fama que todos te dan en Niza? Y lo peor es que la mereces, según acabo de verlo!

—Tú no eres ya el mismo Jim de antes. Si lo fueras, tratarías de comprender... Puede que la Patricia que estás viendo no sea la misma que se casó contigo...—continúa diciéndole con una voz que arroba al pobre Jim, que lo transporta a aquella noche de la casita de Morbeaux, cuando la vió llegar a él tan llena de amor, tan rendida, tan suya—. Al leer tu nombre en la lista de bajas de guerra, al verse viuda, quiso ser de nuevo Patricia Hunter; quiso vivir de fiesta en fiesta, beber, aturdirse... ¡olvidar que la pena de verse sin ti la estaba matando! ¿Comprendes ahora, Jim?

—No había pensado en eso, debo confesarlo. Pero, aun así y todo... El encontrarte en esta atmósfera me ha hecho ver que tú y yo nacimos el uno para el otro... A lo más que podré aspirar cuando acabe la guerra será a ganar trescientos cincuenta dólares al mes construyendo puentes... Eso no da para vivir con lujo ni siquiera con comodidades. ¿Crees

que tú, una millonaria, podrías avenirte a llevar una vida así?

—Pero Jim, ¿acaso tendrás que trabajar? ¿Quién te impedirá vivir de nuestras rentas y divertirse y ser feliz conmigo?

—¿Me has visto cara de millonario consorte? Yo no tengo rentas ni puedo vivir más que de mi trabajo!

—No digas tonterías, Jim... Entre nosotros no hay tuyo ni mío... ¿Serías capaz de sacrificar nuestra felicidad a un capricho como ese? No hablemos más de eso. Sólo conseguiríamos disgustarnos... Y no hay para qué.

—Te equivocas. Es mejor hablar de eso ahora, aunque nos disguste, y evitarnos así verdaderos disgustos más adelante—insiste Baker con firmeza que exaspera a Patricia.

—Está bien, no hay nada que hablar. No seré yo la que se someta a vivir llena de privaciones sólo por llevar adelante un capricho tuyo... ¿Adónde vas?—pregunta al ver que Jim se dirige hacia la puerta.

—Eso debe tenerse sin cuidado, ¿no te parece?—contesta él con amargura.

—¿Anda con Dios!—dice ella a quien el enojo no da tregua para la reflexión ni el sentimiento—. Nos veremos en la próxima guerra...

Y las vidas opuestas, unidas por un momento, vuelven a separarse, tal vez para siempre...

El armisticio sorprende a Patricia buscando

a Jim Baker, que a pesar de hallarse aún convaleciente e inhábil para el servicio había marchado a incorporarse a su regimiento en busca de olvido, acaso de la muerte.

Por fin, después de muchas e infructuosas pesquisas, logra saber que el Regimiento 132º de Ingenieros, mejor dicho, lo que quedó del regimiento después de las últimas acciones de guerra, se halla acantonado en Morbeaux, y allá se encamina.

En la casita tan llena de recuerdos, que son ahora otros tantos motivos de remordimiento, Patricia Hunter aguarda. Nadie ha sabido darle razón de Jim ni decirle si es vivo o muerto. Pero el corazón le dice que aguarde allí.

Y en efecto, es él quien acaba de entrar. No la ha visto, y la emoción que la sobrecoge es tal que le impide articular palabra... Por fin los ojos de Jim tropiezan con ella. Primero retratan asombro. Después rencor, acaso desprecio. Tan cruel es esa mirada que Patricia, leyendo en ella que todo ha terminado entre los dos, se dirige en silencio hacia la puerta...

—¿Adónde vas?—pregunta Jim con acento en que hay involuntario calor de ternura.

—A construir puentes contigo!—contesta ella yendo a refugiarse en los brazos que lejos de rechazarla se le han abierto para que caiga en ellos.

Las vidas opuestas han tornado a unirse; serán ya, para siempre, una sola vida.

MISTERIOS DE MEDIANOCHE

GREGORIO SLOANE, joven, rico y soltero, es el anfitrión de una fiesta organizada en un viejo castillo de su propiedad, situado en las costas de Maine. La noche en que se celebra la fiesta tiene un aspecto sombrío e imponente. El viento bate con furia de huracán. El rugir del trueno y el vivo resplandor de los relámpagos iluminan por momentos el espacio, destacando, en la obscuri-

ciones de Sally, Madeline se lleva a Mischa y le declara su amor sin percatarse de que Tom, su esposo, acecha el idilio. Mientras tanto Gregory y Sally riñen y ésta le devuelve su anillo de pedida...

Para entretener el tedio de la velada, Gregory y Mischa simulan una pelea, siendo separados por Paul y por Tom. Mischa sigue la broma y sale fuera del castillo, bajo la lluvia.

tar a Mischa, arrojando su cuerpo al agua desde un precipicio. Todos corren a auxiliarle, viendo con horror que el cuerpo del infortunado Mischa flota a impulso de la corriente. Gregory vuelve a sus habitaciones, aparentemente desesperado y arrepentido de su crimen...

Sally es la primera que entra en su cuarto y Gregory la confiesa que todo es una broma para asustar a Tom. Lo que flotaba en el agua era un muñeco vestido con las ropas de Mischa, el que no quiere dejarse ver, insistiendo en atemorizar a Tom. Por fin reaparece, pero Tom no se inmuta. Aprovechando que las sospechas han de recaer sobre Gregory, dispara y mata a Mischa para vengar sus ofensas. Después toma el inanimado cuerpo y lo lanza al mismo lugar donde lo habían visto todos los invitados...

A la mañana siguiente Gregory se levanta tranquilamente, esperando las consecuencias de su broma, cuando ve, asombrado, como dos hombres conducen el cuerpo inerte de Mischa, atravesado por un balazo...

Gregory hace protestas de inocencia, pero todo es inútil. La confesión de la noche anterior se vuelve contra él. Madeline, no pudiendo ocultar sus afectos, abraza el cadáver de su amado, Sally la separa y advierte que entre las manos crispadas del muerto hay un botón. Lo guarda y comprueba que pertenece al corintaje del dormitorio...

Sally corre a su cuarto y mezcla en un vaso de whisky una extraña composición. Tom entra poco después y la hace el amor. Ella le rechaza, amenazándole con suicidarse. Tom apura el vaso de whisky. Al verlo Sally lanza un grito y le advierte que se ha envenenado... Todos los de la casa acuden a las llamadas de Sally, la que les informa que Tom se ha tomado una disolución de estronina preparada para ella...

Es tal el terror de Tom, que no queriendo llevar la conciencia manchada a la tumba, confiesa ser el autor de la muerte de Mischa. Entonces Sally descubre, a su vez, su triquiñuela. Lo del veneno ha sido un truco para arrancar la confesión del crimen a Tom, de quien ella sospechaba, ya que el crimen tenía que haber sido cometido dentro de la casa, como lo indicaba el botón hallado por ella en la mano del muerto...

Gregory y Sally, después de tantas y tan encontradas emociones, hacen las paces de una vez para siempre...



dad, el impresionante cuadro de los elementos desencadenados...

Los invitados a la fiesta son: Sally Vaine, novia de Gregory, notable novelista y narradora de aventuras e historias misteriosas; Tom Auston, abogado criminalista, y su esposa, Madeline, la que coquetea de manera bastante indiscreta con Mischa Kawelin, pianista ruso; Paul Cooper, su esposa Harriet y Louise Hollister, muchacha pizpireta y alegre...

Mientras los invitados toman un refresco, después de oír una de las interesantes narra-

Gregory le sigue, tomándose antes una pistola del armero...

Dentro sigue la conversación sobre crímenes y asesinatos. Tom asegura que todos los criminales confiesan en su hora postrera. Por lo menos así lo haría él, según dice, si fuera criminal...

Poco después regresa Gregory agitado, enciende la luz y vuelve a apagarla sonando en la obscuridad el seco estampido de un disparo. Gregory reaparece con una pistola humeante en sus manos, declarando que acaba de ma-

—Hasta que...
—Espero que por muchos años, querido conde.
—¿Por mucho tiempo?
—Para una fortaleza donde se le guardará con todo cuidado.
—¿Para dónde?
—Impediré que le maten y partirá usted sano y salvo.
—¿Me dejará usted partir sano y salvo si se la entrego?
—La carta.
—Ha perdido usted la partida. Sea buen jugador. Deme más piadoso de los cómicos!
—¿De modo que no necesita mi sangre? ¡Es usted el salvare la vida.
—¿Tiene en su poder lo que sabe. Si me lo entrega le devolvamos?
—¿De veras?
—A Bauer le vi anoche y le rompí la cabeza.
—Señor conde, está usted solo. Rischheim está preso. Se acercó a la mesa y dijo en voz baja y grave:
Rodolfo se puso serio.
—¿Empiezo a encontrarle cargante.
—Protesto de ello; pero, ¿qué me quiere, comediante?
—No contribuye usted a que lo sea—dijo Rodolfo sonriendo.
—En estos tiempos, las mismas reinas deben ser prudentes en sus cartas. Vivimos en un siglo moral.
—No contribuye usted a que lo sea—dijo Rodolfo sonriendo.
Y tocó el bolsillo de la blusa de caza con expresión de poseo.
—Viviré en paz, amigo mío, gracias a una renta que me da el Rey.
—¿Después de la segunda?
—¡Dispense! Puesto que el Rey tiene dos vidas, es de rigor que tenga dos muertes.
—¿Explicando su hazaña? Me parece que no le conviene.
—Podré hacer que se arrojen cuando quiera.
—Pero ha hecho—dijo Ruperto con acento de reproche—.

A N T H O N Y H O P E

R U P E R T O D E H E N T Z A U

Es decir, en aquel instante no sabía si se trataba del Rey o de su «doble».
—¿Quién es usted?—preguntó con rudeza.
La joven contestó con tono entusiasta:
—Es el...
Se detuvo; quizá el Rey no quería ser conocido.
Rodolfo le hizo una señal amistosa con la cabeza.
—Sí, dígaselo.
—Es el Rey, madre—murmuró Rosa riendo y ruborizándose. ¡Es el Rey!
—Sí, sí, el Rey vive; soy el Rey—añadió Rodolfo.
Sin contestar, la vieja le miró con atención.
En su turbación se olvidó de preguntarle quién le indicó de qué modo tenía que llamar para que le abrieran.
—He venido para ver al conde de Hentzau—prosiguió diciendo Rodolfo—. Lléveme a él inmediatamente.
La vieja le salió al paso tratando de impedirle.
—Nadie puede ver al conde—dijo con acento de reto; no está aquí.
—¿Cómo! ¿ni siquiera el Rey?
—¿El Rey?—murmuró ella mirándole con fijeza—. ¿Es usted el Rey?
Rosa se echó a reír.
—Madre; ha visto usted cien veces al Rey.
—El Rey o su fantasma; no importa—añadió Rodolfo como en broma.
La vieja retrocedió azorada de pronto.
—¿Su fantasma? Ha mu...
—¡Su fantasma!—exclamó Rosa riendo—. Es el Rey en persona madre. No parece usted una fantasma, Señor.
La vieja se había puesto casi cárdena, y sus ojos, desmesuradamente abiertos, no se apartaban de Rodolfo.
Quizá sospechaba que le había ocurrido algo al Rey y que aquel hombre venía a su casa a causa de ello. Sí, aquel hombre era la imagen del Rey, quizá su sombra. Se apoyó en la jamba de la puerta y jadeaba al respirar. Puede que fuera el Rey.

La presión parecía haber paralizado los brazos de Ruperto.
—¿Por mucho tiempo?
—Espero que por muchos años, querido conde.
—¿Por mucho tiempo?
—Para una fortaleza donde se le guardará con todo cuidado.
—¿Para dónde?
—Impediré que le maten y partirá usted sano y salvo.
—¿Me dejará usted partir sano y salvo si se la entrego?
—La carta.
—Ha perdido usted la partida. Sea buen jugador. Deme más piadoso de los cómicos!
—¿De modo que no necesita mi sangre? ¡Es usted el salvare la vida.
—¿Tiene en su poder lo que sabe. Si me lo entrega le devolvamos?
—¿De veras?
—A Bauer le vi anoche y le rompí la cabeza.
—Señor conde, está usted solo. Rischheim está preso. Se acercó a la mesa y dijo en voz baja y grave:
Rodolfo se puso serio.
—¿Empiezo a encontrarle cargante.
—Protesto de ello; pero, ¿qué me quiere, comediante?
—No contribuye usted a que lo sea—dijo Rodolfo sonriendo.
—En estos tiempos, las mismas reinas deben ser prudentes en sus cartas. Vivimos en un siglo moral.
—No contribuye usted a que lo sea—dijo Rodolfo sonriendo.
Y tocó el bolsillo de la blusa de caza con expresión de poseo.
—Viviré en paz, amigo mío, gracias a una renta que me da el Rey.
—¿Después de la segunda?
—¡Dispense! Puesto que el Rey tiene dos vidas, es de rigor que tenga dos muertes.
—¿Explicando su hazaña? Me parece que no le conviene.
—Podré hacer que se arrojen cuando quiera.
—Pero ha hecho—dijo Ruperto con acento de reproche—.

R U P E R T O D E H E N T Z A U

A N T H O N Y H O P E

—Podemos ahora continuar el asalto que Fritz de Tarlenheim interrumpió un día en el bosque de Zenda.
Durante aquellos momentos habían hablado en voz baja, uno furioso, otro resuelto, y Rosa sólo oyó algunas palabras sueltas. De pronto vio brillar el acero. Entonces miró con ansia y escuchó con toda su alma.
Ruperto había sacado las espadas de la caja y las colocó sobre la mesa. Saludando levemente a Rodolfo, tomó una y ambos se pusieron en guardia.
De pronto Ruperto bajó el arma. Desapareció su ceño y habló con el tono de burla que le era habitual.
—A propósito—dijo—. Quizá nos dejemos arrastrar por la pasión del momento. ¿Tiene usted más ganas que en otro tiempo de ser rey de Ruritania? En tal caso, sería el más fiel de sus súbditos.
—Es mucho honor ese, conde.
—A condición, naturalmente, de que sería el más rico de sus súbditos y uno de los más favorecidos. ¡Ea! El imbécil ha muerto; vivió como un botarate y ha muerto de igual modo. El trono está vacante. Un difunto no tiene derechos y no se le causa ningún daño. ¡Qué diablo! Eso es lo justo y lo natural. Tome su sitio y su mujer. Podrá usted pagarme entonces. ¿O acaso aún es usted virtuoso? ¡A fe mía! Hay algunos hombres que no comprenderán jamás el mundo en que viven. Si yo tuviese su suerte...
—Vamos, conde, seamos francos.
—¿Eh?
—Si tuviese usted mi suerte sería el primero en desconfiar de Ruperto de Hentzau.
—No si se las componía de modo que me asegurara ventajas positivas.
—¡Bah! Siempre pensaría que es un hombre que cobraría la paga y traicionaría a su asociado.
Ruperto se ruborizó otra vez.
Cuando habló de nuevo su voz era dura, fría, baja.
—¡Rodolfo Rassendyll! Voy a matarle en seguida.
—¡Pruébelo!

R U P E R T O D E H E N T Z A U

—Dedujo que Rischehenheim no tuvo suerte en su expedición informativa, lo cual no le sorprendió, y que, en cambio, su antiguo contrario entraba de nuevo en escena. Cuando Rodolfo entró estaba entre la ventana y la mesa. Se adelantó hacia ella y apoyó en ella la mano. —¡Ah, el cómico!— dijo mostrando su blanca dentadura y meneando su rizada cabeza, en tanto que su otra mano permanecía en la faltriquera, como la de Rassendyll. Este confesó en otro tiempo que le molestaba oírse llamarse cómico por Ruperto; pero ahora era algo menos joven y quisquilloso. —Sí, el cómico; pero esta vez su papel será breve— replicó sonriendo. —¿Qué papel? No es, como la otra vez, el de rey con una corona de cartón?— preguntó Ruperto sentándose encima de la mesa. —¡Por vida mía! Representamos una hermosa comedia en Streilsau. Tiene usted una corona de cartón en la cabeza y yo di al otro una corona celestial. Pero quizá lo que le digo ya lo supiera. —Se, en efecto, lo que ha hecho. —No me alabo de ello. El perro fue la causa de ello y no yo— dijo Ruperto con indiferencia. —Lo hecho, hecho está. Ha muerto: no hablémos de él... ¿Qué quiere de mí, comediante? Al oír repetir esta palabra, tan misteriosa para ella, la joven miró y escuchó con atención más intensa. ¿Qué palabras al otro y una corona celestial? —¿Por qué no llamarme Rey?— dijo Rodolfo. —¿Le llaman así en Streilsau? —Los que saben que soy Rey. —¿Y son...? —Unos veinte. —¿De modo que la ciudad está tranquila y las banderas flotan al aire? —¿Pensaba verlas bajar? —Siempre gusta que se fije la atención en lo que uno

A N T H O N Y H O P E

—¡Dios nos asista!— murmuró llena de ansiedad y perpleja. —Ya los ayuda; tranquilícese. ¿Dónde está el conde de Hentzau? La joven se había alarmado al notar la agitación de su madre. —Está en lo alto, en la buhardilla, Señor— murmuró con espanto. Y miraba alternativamente a su madre aterrada y a Rodolfo, que sonreía; pero en cuyo rostro se reflejaba una decisión inquebrantable. Lo que acababa de decir la muchacha bastó a Rodolfo. Pasó rápidamente por el lado de la vieja y subió la escalera. Las dos mujeres le seguían con la mirada. La vieja parecía fascinada; Rosa, alarmada; pero triunfante, pues había hecho lo que el Rey le ordenara. Rodolfo desapareció en la obscuridad. La vieja rezongaba; entró en la cocina y volvió a cuidar del guiso. Su hija la miraba extrañada; pero algunos momentos después subió silenciosamente la escalera siguiendo a Rodolfo. Se volvió una vez mirando a la cocina. Su madre continuaba cuidando del guisado. Rosa subió más, hasta ver al Rey. Éste tenía una mano en la cerradura de la puerta del sotabanco, y la otra en el bolsillo. No se oía el menor ruido en la habitación. Ruperto había oído pasos y estaba en pie, escuchando. Rodolfo abrió la puerta y entró. Rosa se acercó a la puerta en el momento en que se cerraba. Se puso en cuclillas, miró por el ojo de la llave y vio que dos sombras se movían en el interior de la habitación. Ruperto no creía en fantasmas. Los hombres que mataba su mano permanecían inmóviles en sus tumbas.

A N T H O N Y H O P E

pero, que resistía más débilmente. La mano derecha de Rodolfo abarcaba ambas muñecas y poco a poco y tímida-mente cesó la presión de la otra mano. —¿Podría una sola mano sujetar las dos muñecas de Ruperto? Éste hizo un esfuerzo desesperado. Le costó una sonrisa de Rassendyll. Podía sujetarlo, no por mucho tiempo; pero si por un instante, y éste le bastaba para que la mano izquierda de Rodolfo, libre al fin, se dirigiera al pecho del conde y desahrochase con violencia la blusa de caza. Rodolfo introdujo la mano en la abertura. —¡Maldito seas!— rugió furioso Ruperto de Hentzau. Pero Rodolfo sonreía. Cogió la carta; reconoció el sello de la Reina. Ruperto hizo un nuevo esfuerzo. La mano derecha de Rodolfo cedió y él tuvo que saltar de lado; pero conservando su presa. En un instante tuvo empuñado el revólver; pero el de Ruperto estaba también a dos o tres palmos de su pecho. Se puede decir mucho contra Ruperto de Hentzau y es casi imposible aplicarle las leyes de la mansedumbre cristiana; pero ninguno de cuantos le conocieron pueden acusarle de haber retrocedido ante la muerte. No fue, pues, el miedo lo que le contuvo en aquel momento, sino un frío y acertado razonamiento. Suponiendo que saliera vivo del apurado trance y que no murieran ambos, el ruido de los disparos podía ser fatal. Además, era célebre como espadachín y se creía muy superior a Rodolfo en esgrima. No disparó, pues, y dijo sin bajar el arma: —No nací para faquín. ¿Quiere usted batirse a fuer de hidalgo? La caja que hay sobre aquel aparador contiene dos espadas. Rassendyll no perdía de vista, ni por un momento, el peligro que amenazaba a la Reina. Matar a Ruperto no la salvaría si el mismo sucumbía sin tener tiempo para destruir la carta.

R U P E R T O D E H E N T Z A U

El revólver de Ruperto amenazaba su corazón, y no podía ni rasgarla ni echarla al fuego que ardía a pocos pasos de distancia. Por otra parte, no temía un combate a espada, pues nunca cesó de practicar la esgrima y era un buen tirador. —Como usted quiera. Con tal de rompernos el bautismo aquí y sin tardanza, poco importa de qué modo. —Entonces deje su revólver encima de la mesa— y yo pondré el mío a su lado. —Dispense; pero deje antes el suyo. —De modo que yo debo fiar en usted y usted no fía en mí. —Precisamente. Sabe que puede fiar en mí, y yo sé que no debo fiarme de usted. Una oleada de rubor encendió el semblante de Ruperto. Veía en aquel momento, como en un espejo, el caso que un hombre honrado hacía de él, y creo que aborrecía al señor de Rassendyll no tanto por haberse atrevido a desbaratar sus planes, como porque, mejor que nadie, le demostraba su desprecio. Frunció las cejas y apretó los labios. —Sí— dijo—, pero si no dispara usted, destruirá la carta; conozco sus finas argucias. —De nuevo le pido que dispense. Sabe usted perfectamente que no haré eso. Ruperto, furioso, echó el revólver encima de la mesa, soltando una maldición. Rodolfo avanzó dos pasos, dejó el suyo al lado del otro y luego, cogiéndolos ambos, atravesó el cuarto y los puso encima de la chimenea. Volviéndose hacia Ruperto, dijo: —Mire. Colocó la carta entre los dos revólveres. Ardía un buen fuego en la chimenea. Con un ademán podía echar la carta al fuego, y no lo hizo. Entonces dijo:

Misterios de África

Película documental, hablada y explicada en español. La máxima emoción. ¡Los más grandiosos paisajes naturales! ¡Un indígena devorado ante la cámara!

Sous les toits de Paris

“Bajo los techos de París”. - Dirección de René Clair. Declarada como la mejor producción de 1930, por el Congreso Internacional Cinematográfico de Berlín. Hablada en francés.

El express azul

¡China en guerra!... ¡Norte contra Sur! Emocionante batalla en un express. Es un film único y de insuperable interés y emoción, aplaudido en sesión Studio Cineaes.

Los caprichos de la Pompadour

Deliciosa comedia frívola, demostrativa de las costumbres de una época.

Un drama en la nieve

Angustiosa busca de un hombre perdido en la montaña. Emocionantes escenas desarrolladas en los picos de los Alpes.

Romanza sentimental

Grandioso film de arte, por el célebre realizador Sergie M. Eisenstein.



Selecciones Filmófono, distribuidas por Febrer y Blay



Ayuntamiento de Madrid